

ANTONIO CILLERO ULECIA
(AMADOR DE CASTILLA)

TEATRO

EL PAN DEL AÑO

TIERRA SEDIENTA

BUENOS AIRES 1964



86-3 (Ciller. 7 Pa T)
C-38288

329

ANTONIO CILLERO ULECIA
(AMADOR DE CASTILLA)

Fondo Kijic

TEATRO

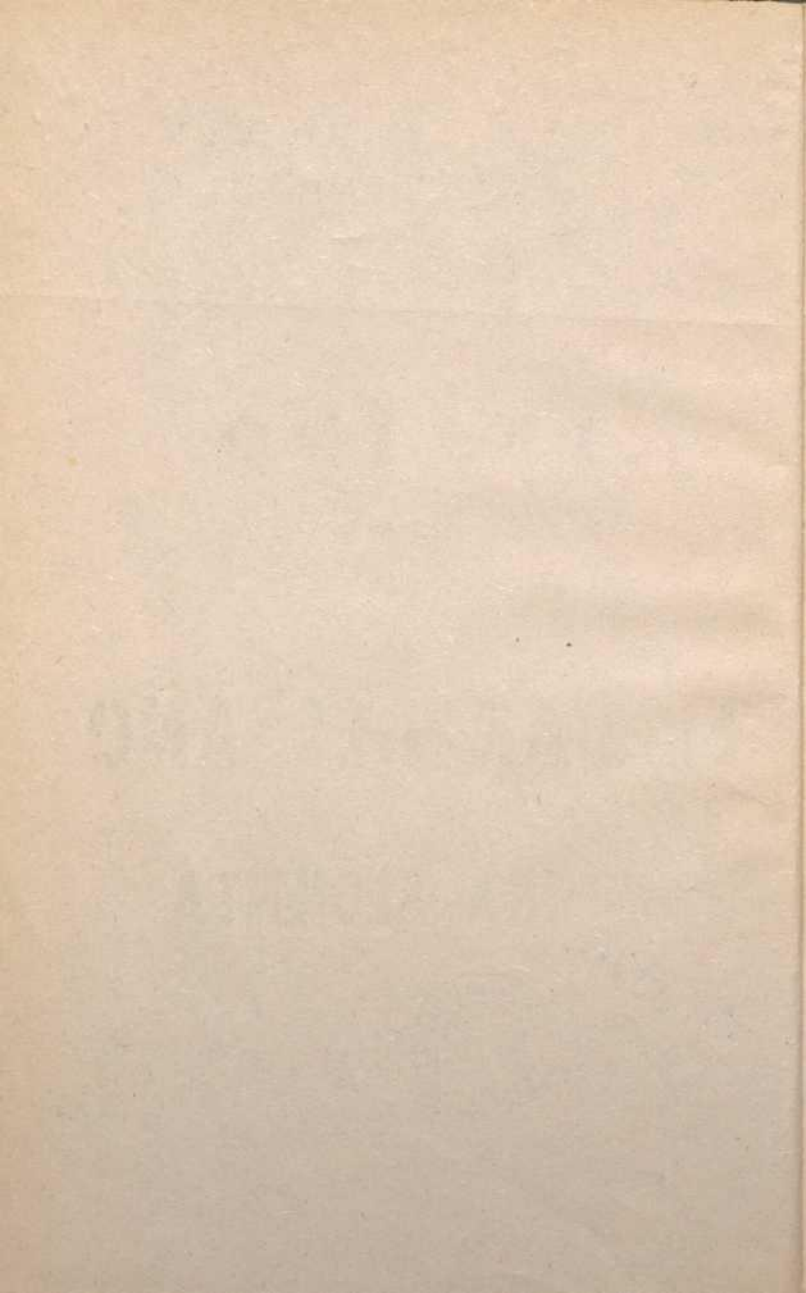
EL PAN DEL AÑO

TIERRA SEDIENTA

R. 5510



BUENOS AIRES 1964



Lector amigo:

He aquí, puestas a tu consideración dos obras teatrales que, el autor, ha dedicado desde América a su querida tierra castellana.

En "EL PAN DEL AÑO" y en "TIERRA SE-DIENTA", va metida el alma de esa región amplia, reseca, mística, poética, sufrida y cautivante que es Castilla. Nunca el teatro es más teatro que cuando nace y vive en el pueblo. Un pueblo chico es toda una ciudad y la nación misma. Lo que menos importa es el marco ni la sastería, el refinamiento y la diplomacia. El autor ha buscado sus pasiones, sus sentimientos, sus luchas —nobles o perversas— el autor, conocedor de los pueblos ha tratado de pintarte con trazos fuertes y crudos cómo son sus almas.

Si te han gustado las dos obras o siquiera una de ellas, agradáceselo a las gentes que viven en la inmortal Castilla, ellas fueron las que se empeñaron en salir por el mundo mostrando sus virtudes y sus defectos.

EL AUTOR.

Buenos Aires, 1964

Pro
Al la Biblioteca
Nacional de la
Base de estos legados
mas de America
de de
con
Pillero
19-6-1964
Independencia 1323
Buenos Aires

Juicio que le mereció al crítico de Clarín —uno de los diarios de mayor difusión en Argentina— el estreno de

EL PAN DEL AÑO

Estreno ofrecido con motivo de "El día del idioma"

• CLARIN OPINA: TEATRO

"EL PAN DEL AÑO"

Una pieza de ambiente aldeano.

El Conjunto Vocacional Gonzalo de Berceo estrenó "El pan del año" comedia dramática en tres actos del autor español Antonio Cillero Ulecia, que reside entre nosotros. El mismo tuvo a su cargo la dirección del espectáculo.

La obra refleja los afanes, las penas y las alegrías de gentes campesinas, cuya vida transcurre en un rincón de la vieja Castilla, una típica aldea, y constituye una expresiva pintura de ambiente, costumbres y personajes característicos de ese mundillo.

La acción fundamental gira alrededor de un mocetón pobre, enamorado de la joven dueña de la hacienda donde él trabaja, y un propietario rural, hombre maduro resentido, quien pretende a la misma mujer. La anécdota, simple, pero animada por numerosas incidencias, trasciende humano contenido, ternura, aspereza y amor a los surcos que dan "el pan del año", con sus duros y nobles quehaceres. Ráfagas de tragedia atraviesan el colorido ambiente perturbando la rutina aldeana y la paz de la tierra labrantía. Al fin, el amor triunfando sobre muchos inconvenientes, intrigas, dudas, desencantos, recelos, trae la serenidad a las conciencias agitadas.

Tres tipos, la madre del mocetón, la tía Felisa, recalciante puritana, y el párroco del lugar, fueron bien dibujados por el conocido autor hispano. "El pan del año" dentro de los moldes tradicionales del teatro realista, contiene en su

relato escénico algunas adecuadas y bellísimas partes poéticas que matizan los vivaces diálogos y no siempre fueron bien acentuadas por los intérpretes. Todos mostraron buena voluntad promisoria. Algunos de ellos actuaron con seguridad y soltura:

Aurora Cillero en el papel de madre del mocetón; Olga Llera en la joven ama, Gladis López en el papel de la vieja tía y Antonio Carrillo, quien encarnó acertadamente el típico cura de aldea castellana.

R. G. T.

ANTONIO CILLERO ULECIA

(Amador de Castilla)

T E A T R O

EL PAN DEL AÑO

COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS

2º Y 3º EN DOS CUADROS

Buenos Aires, 1964

DEDICATORIA

A la más genial intérprete del teatro español; gloriosa en plena actividad y dignamente galardonada:
LOLA MEMBRIVES

Con todo afecto por la amistad con que me distingue.

EL AUTOR.

ANTONIO CILLERO ULECIA

(Amador de Castilla)

PERSONAJES

Pablo
Raúl
Cura
Alcalde
Novio
María Antonia
Madre
Felisa
Valvanera
Sagrario
Angeles
Novia
Vecina 1^a
Vecina 2^a

Chicos, mozos y gente del pueblo.

La acción: Un pueblecito de Castilla.

Epoca: Actual.

Todo personaje es producto de la fantasía del autor. Cualquier parecido será mera coincidencia.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.
Es propiedad del autor.

A C T O P R I M E R O

Al levantarse el telón aparece un amplio portal castellano. Izquierda del actor puerta que conduce a los graneros y establos. Derecha, amplia puerta adornada con dos pilares, capiteles, etc. Hay tres escalerillas para subir. A cada lado de la puerta unos bancos de piedra. En el centro, puerta que figura salir a la calle. A la derecha de la misma una ventana grande, con rejas. Tras de ella, calle que corre paralela, cerrando el horizonte una tapia sobre la que asoman rosales y ramas de árboles con fruta. Estamos en plena época de estío. Son las siete de la tarde del mes de julio.

Sentados en bancos individuales formando semicírculo los personajes que inician escena. Cosen, bordan y charlan a la vez.

E S C E N A I

Valvanera, Sagrario, Angeles y señora Felisa

MOZAS (*Cantando*):

Polvo y paja
sol y luna,
mi ventana
queda baja
pero es alta
pa' subirla...
cual ninguna.
Trigo y rampla,
sol y cielo,
después de las
ocho y media...
por la eras
me da miedo...
me da miedo...
me da miedo...

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

FELISA (*Vieja que viste de negro y no cesó de darle a la cabeza desaprobando lo que cantaban. Cose una larga media. Lleva un moño muy gigantesco*):
¿Callaréis de una vez?... ¿Callaréis de una vez por todas?... Hace media hora que estáis dando la murga: ¡Dale que dale!... ¡Dale que dale!...
ANGELES: ¿Usté no ha sido nunca joven, seña Felisa?...

FELISA: Claro que sí, pero tenía más juicio que las mozas de ahora.

SAGRARIO: Siempre dicen lo mismo las viejas y resulta que, cuando hablan en casa mis padres, de sus años mozos... hubo cada leyenda, chicas...
“Que si el boticario y la criada esto y esto y esto... que si el veterinario y una fulana aquello... y lo de más allá...” (*Rien*).

FELISA: To “aquello” no era ná pa lo que vemos hoy. Si estáis todas disiendo veros agarradas por los mozos del talle (*se levanta y hace muecas*) y que os bailen así... ¡así!... como les dé la gana. Y no uno: ¡todos!... ¡todos!... ¡Sois unos...

VALVANERA: ¿Y antes? ¿No se bailaba?

FELISA: Siempre se bailó, pero, así, a distancia... con decencia... y, ante todo, a la luz del día.

ANGELES: Porque no había eléctrica. Porque no había Tele...

FELISA: ¡Cállate tú, chapucera!... (*A ellas*). Si hasta las canciones que echáis son más verdes que las “aneas”...

TODAS: ¿Cuáles?... ¿Cuáles, seña Felisa?...

FELISA: La que hace poco cantó esta. (*Por Valvanera*).

VALVANERA: ¿Y no es bien bonita? (*Se pone ilusionadísima*):

Llévame en tus brazos
cubierta de besos;
tapadas mis carnes
por rayos de luna.

¡Suéltame las trenzas,
y calla mis labios
que son fuente abierta
de pasión moruna!

FELISA: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!... ¡Jesús! ¡Jesús!... ¿Cómo cantaréis eso teniendo a los mozos delante? ¿Cómo, cómo, cómo?...

ANGELES: Eso no es nada.

FELISA: Que no es nada? Pues si llega a ser... ¿no sé qué os asustaría a las mozas de hoy?... ya, ya... y cómo os "movís"...

VALVANERA: ¿Qué os parece cómo ha quedado el bordado? (*Muestra un camisón chiquito*).

TODAS: ¡A ver... a ver!

ANGELES: ¡Qué bonito!...

SAGRARIO: ¡Qué manos tienes para bordar, parece de tienda...

ANGELES: Y qué suerte para usarlo pronto en la luna ¡Ay la luna de miel!... Chicas, ¿qué os parece? (*Se lo coloca encima*).

TODAS: ¡Precioso!

ANGELES: ¿Qué la parece a usted, seña Felisa?

FELISA (*Mirándolo por encima de las gafas*): ¡Una vergüenza!... ¡Una vergüenza!... (*A Valvanera*): Yo no sé, "chiguita" cómo te deja tu madre hacer esa prenda, aunque sea para la boda.

VALVANERA: Y ¿qué tiene que ver?...

FELISA: ¿Ver?... ¡Todo! ¡Todo! Eso no tapa nada...

VALVANERA: ¿No es bien bonito?

TODAS: Usted no entiende de modas.

FELISA: Pero entiendo de vergüenza. Cuando yo me casé —va para los cuarenta— no se llevaba esa prenda tan raquíta y tan... sicalítica.

SAGRARIO: Llevaban unos pantalones atados a los tobillos y abiertos por todas partes. ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja!... ¡Qué ridículos!

FELISA: No os riais que, si seguís así, os meteréis

en la cama... mejor que no lo diga... (*Ríen todas*).

VALVANERA: Después que el cura me case, ¿qué miedo puedo tener a nada? ¿No os parece?

FELISA: ¡Claro... a nada! ¡Bah! ¡A nada! Total... Ja, ja...

SAGRARIO: ¡Quien fuera ella! Dentro de diez días voltearemos las campanas y ¡viva la juerga! ¡Viva la juventud!

FELISA: Por otras también se han volteado y después...

ANGELES: Lo dice usted por... (*Indica las escaleras*).

FELISA: Por ella no, la pobre tuvo la fatalidad de perderlo a los tres días de estar casada, ¿qué le hemos de hacer?...

VALVANERA: Aquello trajo lo de ahora.

FELISA: No empecéis como otras tardes.

SAGRARIO: Por mí ¡ojalá que se arreglara con Pablo y, al otro... ¡Si yo fuera ella!...

TODAS: ¡Dios te oiga!

FELISA: Lo que haya de ser lo hará Dios. Ella no es una chiquilina como vosotras que no meditáis las cosas. (*En tono bajo*). Decidme, ¿de qué provecho ha de servirle enamorarse del mayoral? Además de ser el mayoral, que es decir el criado, ¿tiene algo más que sus 20 años, su altura y su habilidad? En cambio, Kaul, es otra cosa... hay familia, hay categoría... hay educación... hay tono.

TODAS: Pero es un solterón.

VALVANERA: Sin sustancia y ranciote.

FELISA: El hombre como el jamón: cuanto más curtido más en sazón. Callad, callad que baja la sobrina.

TODAS: (*Se sientan precipitadas y comienzan a cantar*).

Polvo y paja
sol y luna,

mi ventana
queda baja,
pero es alta
pa' subirla
cual ninguna.

ESCENA II

Dichas y María Antonia

M. ANTONIA (*Viudita alegre. Baja por las escaleras con el costurero*): La mía también...

TODAS (*Ríen*): ¡Hola, María Antonia!

M. ANTONIA: ¿Estáis contentas, verdad?

TODAS: Como siempre.

M. ANTONIA: Felisa, te habrán dado mucho que hacer estos diablillos, ¿verdad que sí?

FELISA: ¡Bah! No les hago caso.

M. ANTONIA: ¿Has terminado, Valvanera, tu camión?

VALVANERA: ¡Sí! ¿Te gusta?

M. ANTONIA: ¡Precioso! ¡Precioso! Estarás muy bonita con él.

VALVANERA: ¡Ojalá diga eso mi Antonio!

M. ANTONIA: Te lo dirá, ya verás...

FELISA: Con esa ropa, ¡le dirá tantas cosas!...
Ay... Dios mío, Dios mío.

M. ANTONIA: Dichosa tú, que vivirás algo inolvidable.

TODAS: Como lo viviste tú.

M. ANTONIA: Sí, y me parece increíble cada vez que pienso lo breve que fué aquel amanecer.

SAGRARIO: ¿Por qué no dices cómo se pasa... a...
aquel día?

FELISA: ¡Cállate, curiosona!... ¡Ay, si lo sabría tu madre...!

LAS TRES: ¡Cuéntanos! ¡Cuéntanos! Estamos mujeres solas... Nadie oye. ¡Anda, mujer!

M. ANTONIA: ¿Contar?... ¡Si viérais cómo se me

rompen las fibras del alma, al recordar lo vivido,
tan presto, tan gozosa, tan fugaz!...

Una ya no duerme su noche final,
pensando que el ansia la mece
cuajada de alboradas puras,
de blancos capullos...
de dulce panal...

Y, el día, que no llega al fin,
nos sabe a menta y canela,
a hierbabuena y jazmín...
La aurora viene de fiesta
vestida de serafín;
y los luceros no brillan,
porque los llevas metidos,
quiere no ver... y viendo;
soñando amor y festín.

FELISA: ¡Oh!... Señor... Señor...

M. ANTONIA (*Ilusionada*):

Las campanas, bronces locos,
añoran su almuecín,
y, la pólvora oprimida
como en pecho de doncella
marcha loca de entusiasmo
persiguiendo las estrellas,
y, cuando cede agotada,
que más no puede subir,
del corazón, hecho fuego,
salen raudales de estrellas
que te bajan del sin fin.
Y una camina sin base
que le contenga las plantas,
sintiéndote prisionera
de un amor que pide noche;
de una noche que la encanta
la soledad de dos almas
que citadas ante el ara
a Dios le brindan su casta...

TODAS: ¡Sigue... Sigue!...

M. ANTONIA:

Puñales locos de fuego
de una boca varonil,
que, sin clavarse te sangran,
y como espinosas zarzas,
a porfía, una tras otra,
como tatuaje de rosas
por las piernas se te ensartan.
Así el amor te circunda,
mientras la alondra te canta
y al filo del nuevo día
sobre deshecha almohada,
dos respiraciones chocan
viviendo noche sin sueño
tras una pura jornada.

FELISA: ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Qué mundo!...

TODAS: ¡Cómo te envidiamos!

VALVANERA: Así lo viveré yo.

M. ANTONIA: Así lo vivió tu madre y tu abuela; lo
harás realidad tú y los hijos que tuvieres.

FELISA: ¡Jesús, María y José!... ¡Qué cosas se
oyen hoy!... ¡Bah!, ¡bah!

M. ANTONIA: ¿No te gustó?

FELISA: Hasta hoy creí que tenías más juicio. ¡Je-
sús! ¡Jesús!

M. ANTONIA: Las realidades no se deben negar, co-
mo hacíais hasta no hace mucho. Tapar lo que
está al alcance es necedad.

FELISA: Pero estas son todavía unas mocosas.

M. ANTONIA: ¿Les vas a hacer creer —a sus años—
que la boda se reduce sólo a confites, campanas,
buena mesa y regalos? Si me pena contar esto, es
por el amargo recuerdo que me trae.

TODAS: Ya te casarás otra vez.

FELISA: ¡Chiss!

M. ANTONIA: Mucho decir es eso...

ANGELES: Si es verdad lo que se rumorea...

SAGRARIO: Parece que es cosa de poco...

VALVANERA: La propia madre lo asegura...

ANGELES: Y su tía...

VALVANERA: Y los primos de él...

FELISA: Que tres correos tiene Valdecañas...

M. ANTONIA: Todo son suposiciones, tía Felisa.

ANGELES: Ya veremos... ya veremos...

M. ANTONIA: Sabéis más que yo.

VALVANERA: Otros dicen lo contrario, chicas. Ayer vino mi padre diciendo que, en la fragua se suscitó una pendencia que, casi casi hay que separarlos.

TODAS: ¿Por qué?

VALVANERA: Unos apostaban por Pablo y los otros por Raul.

M. ANTONIA: Libres son de pensar como quieran.

FELISA: Tu vida les preocupa mucho.

M. ANTONIA: Que no entiendes a los hombres, tía.

FELISA: ¿Yo?... Ni me hace falta. Ya tuve a uno y quedé bien harta.

SAGRARIO: Usted, seña Felisa, ¿a cuál de los dos prefiere?

FELISA: ¿Yo?...

M. ANTONIA: La que ha de decidirlo, si decido, soy yo.

FELISA: Así se habla.

ANGELES: ¡Callad! ¡Ya vienen del campo! (*Corren todas las chicas a la ventana*).

SAGRARIO: ¡Ya vuelven los gallegos!

¡Pobres segadores!...

VALVANERA: De cobre se viste su piel,
reseco su pelo,
se ciñe a la frente sudada...

ANGELES: Su ropa, color de tierra,
huele a tomillo
romero y mejorana.

SAGRARIO: Sus pies mal cubiertos,
avanzan sin pena
por entre senderos,

cubiertos de heridas
golpeando las piedras...

VALVANERA: El rastrojo hiere
sus brazos de tea,
largos como remos
que en la ancha Castilla
sin cesar bracean...

ANGELES: ¡Ojos que no duermen!...

SAGRARIO: ¡Qué pena da verlos!...

VALVANERA: ¡Jamás se ríen
cantan o bromean!...

FELISA: ¡Bajar de ahí!

M. ANTONIA: Déjalas que gocen. ¿Qué otra cosa
puede hacer una moza que espera el retorno de
los mozos, sino asomarse a la ventana, cuando sa-
be que vuelven a sus casas?

VALVANERA: ¡¡Allí va mi Antonio!!

LAS OTRAS DOS: ¡¡Tu novio!!

VALVANERA: ¡Fijaros qué bien sabe ir sobre el ca-
rro, llevando las rienda de las cuatro mulas!

SAGRARIO: ¡Qué bien las arrea!

ANGELES: ¡No pueden subir esa cuesta!

VALVANERA: ¡Callad, callad que se para!

SAGRARIOS ¡Mucha carga trae!

VALVANERA: ¡Ay! Me pareció que volcaba. Chicas
yo no puedo seguir viendo esto desde la ventana.
¿Vamos?

LAS DOS: ¡Vamos!

SAGRARIO: Hacemos como que vamos a dar un pa-
seo ¿no os parece?...

FELISA: ¡Eso eso! A buscarlos, ja ja...

M. ANTONIA: Calla, tía, que tienen buenos años.

SAGRARIO (A M. Antonia): Acaba de llegar...
¿Sabes quién?...

M. ANTONIA: ¿Sí?

SAGRARIO: Me guiñó el ojo y le dí a entender que
estabas.

VALVANERA: Te dejamos sola.

TODAS: ¡Hasta mañana!

FELISA y M. ANTONIA: Hasta mañana.

FELISA y M. ANTONIA: Hasta mañana. (*Mutis las tres*).

FELISA: ¿Quién dijo que había venido?

M. ANTONIA: Pablo. Fueron a La Serna. Creo que hoy terminaban el trigo.

FELISA: ¿Tienes mucho?

M. ANTONIA: No ha venido malo.

FELISA: Lo cuidas bien, según dicen...

M. ANTONIA: Yo no, es Pablo quien se ocupa.

FELISA: Eso dicen, y que le debe tener más interés a lo tuyo que a lo de su madre.

M. ANTONIA: Es muy trabajador.

FELISA: Y muy guapo, ¿verdad?

M. ANTONIA: No he reparado tanto...

FELISA: Sin embargo, ya ves, se critica... No es un niño como hasta hace años... Tú, no eres una chiquilla tampoco, eres una mujer asentada. Has pasado por la desgracia de perder el año pasado a tu marido y, el tener en casa a este mozo...

M. ANTONIA: Es mi mayoral; joven, pero mi mayoral. ¿No querrás tú, como la tía Mariana y el tío Sebastián, que lo despida? ¿Es que no habéis de ver en mí nada más que el peligro a si puedo o no enamorarme? ¿Por qué no miráis mis intereses? ¿Por qué no véis que, gracias a él, he plantado de viña más de diez fanegas de tierra que no producían nada; que por su visión he hecho regadío una finca que nunca se regó por "su" pie; que, con la misma tierra de hace cinco años tengo un tercio más de trigo y, que si no hay plagas y limpian las viñas tendré quinientas cántaras más de vino que el año pasado?

FELISA: Sí, pero... es que, este mozo...

M. ANTONIA: ¿Es el único que se ocupa del campo

y queréis que lo despida? Daríais algo por echarlo fuera de esta casa, aun a costa de que mis propiedades vengan a menos o tenga que venderlas para comer.

FELISA: Yo temo por... en fin... ya sé que, si un día tienta el diablo será lo que sea. La gente ya la ves, sospechaba y lleva razón...

M. ANTONIA: Pueden suponer lo que quieran. Una sabe lo que tiene que hacer cuando ha pasado por las pruebas que yo he pasado.

FELISA: Yo, hija mía, qué he de querer sino que aumentes tus beneficios y, si es posible... que te cases. Una mujer, a tus años, viuda y sin hijos nunca ha sido olvidada de las malas lenguas.

M. ANTONIA: ¿Por mi honra o por vuestro prestigio?

FELISA: Todo se ha de cuidar, todo se ha de cuidar. En fin, te dejo, Pablo tendrá que contarte cómo ha cumplido la tarea.

PABLO (*Dentro*): ¡Quieto, Lucero!

M. ANTONIA: Está atando las caballerías. Tiene que entrar a darme las novedades, tía.

FELISA: Muy bien... que hayan sido buenas y, te recomiendo que no lo dejes estar mucho a solas contigo... Está anocheciendo... hay muchos ojos que miran a esta puerta...

M. ANTONIA: Vete... vete y descansa tranquila, que tu sobrina no es una veleta ni un velero que lo lleva la fuerza del viento a donde le dá la gana...

FELISA: Tú sabes más que nadie, hija mía, has corrido mucho mundo y sabes bien dónde pisas. ¡Hasta mañana!

M. ANTONIA: Hasta mañana. (*Mutis*). Si sufrieran lo que aparentan no podrían vivir mucho quienes del prójimo simulan padecer constantemente. Parodia, parodia humana. (*Se sienta a coser*).

ESCENA III

María Antonia y Pablo

PABLO (*Aparece por la puerta que da a los establos. Trae alforja en la mano, en la que sobresale una servilleta y la bota de vino. En el lado opuesto lleva un paquete que pretende tapar constantemente con timidez. En la mano izquierda la boina*): ¡Buenas tardes, ama!

M. ANTONIA: Buenas tardes, Pablo. ¿Cómo os fué el día?

PABLO: Bien. Hemos segado toda la vaguada del Tomillar, y parte del martillo de La Solana.

M. ANTONIA: ¿Hay mucho grano?

PABLO: Bastante. Yo creo que, por lo que pinta... unas fanegas más que el año pasado tendrá usted, y eso que el tizón nos ha sacao una buena ración, que, si nó...

M. ANTONIA: ¿Fuísteis todos, como ayer?

PABLO: Sí, ama. Mañana irá uno menos. He... he despedido a Juan Manuel... luego vendrá pa' cobrar.

M. ANTONIA: ¡Hombre! Y, ¿por qué?...

PABLO: Charla mucho y trabaja poco.

M. ANTONIA: Como hacen todos. ¿O es que éste habla de otras cosas que a tí no te gustan?

PABLO: Luego, cuando venga... si usted le arregla los jornales ya sabe que son dos días y medio... Tiene que descontarle las cien pesetas que le pidió el domingo.

M. ANTONIA: ¿No puedo saber por qué motivo lo has despedido?... (*Pausa*). ¿Callas?... ¿No puedes decirlo, Pablo?...

PABLO: Mire usted... no quisiera.

M. ANTONIA: ¿Es cosa de familias?...

PABLO: No...

M. ANTONIA: ¿Algo sobre amigos?... (*Pausa*). Me gustaría saberlo. ¿No habrá sido por alguna mo-

za?... ¿No me lo quieres decir?...

PABLO: Me da vergüenza.

M. ANTONIA: ¿Vergüenza?... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

PABLO: Uno es así... como es... Ustedé es el ama y...

M. ANTONIA: Ya sé de qué te habló. Me metió a mí, ¿verdad?

PABLO: ¡Eso sí que no! Todo menos eso. Luego vendrá a cobrar... Si ustedé le quiere abonar son...

M. ANTONIA: Ya lo sé. ¿Dime, habló mal de tu ama, Pablo?

PABLO: No, es que, acaso sea que me tienen envidia porque trato con ustedé. Dicen que se me ha subido el cargo a la cabeza, pero yo le juro que...

M. ANTONIA: Vaya un cargo. ¿No lo hizo tu padre hasta que murió?

PABLO: Sí, claro, pues, ya le digo, luego viene... Ustedé le dice lo que le parezca. No sé qué le contará él...

M. ANTONIA: Entonces ¿ha sido algo grave?

PABLO: No... Hablaba... hablaba como si hubiera bebido de más. Sacó en boca a otro del pueblo —ya sabe ustedé a quién— como burlándose de uno... como si uno no tendría amor propio, como si uno fuera ambicioso...

M. ANTONIA: ¿Para el cargo?...

PABLO: ¡Pchiss!... Si, también. No crea ustedé que pasó nada. Acabé por decirle. En mi cuadrilla no quiero charlatanes. La casa del ama necesita crecer; tiene buen campo y, si se abre la boca en el tajo, no ha de ser sino pa' escupir en la mano resaca y empuñar la hoz o la azada como si fuera lo más querido de la tierra.

M. ANTONIA: Gracias, Pablo, muchas gracias. Cuánto te interesa toda mi hacienda. Cómo me animan tus palabras y cómo me siento más fuerte y segura si estás a mi lado con tanta decisión y nobleza.

PABLO: Hay envidias, sabe usted. Cuando murió mi padre hubieran dado algo por verme salir de aquí pa' siempre...

M. ANTONIA: Se equivocaron. De aquí no saldrás jamás, ¿has oído? ¡Jamás! Es decir, mientras sigas cuidando mis intereses... como lo has hecho hasta hoy.

PABLO: Bueno, pues... nada más.

M. ANTONIA: ¿Tienes prisa?

PABLO: No... pero...

M. ANTONIA: Vete, tu madre te espera, no te ha visto en todo el día.

PABLO: Bueno... hasta... hasta... ¡Ah! (*Se vuelve avergonzado*).

M. ANTONIA: ¿Traes fruta?

PABLO: No... hoy no..., esto es... es otra cosa. (*Suelta el papel que las tapaba*).

M. ANTONIA: ¿Rosas?... ¡Pablo!... ¿Y esto?...

PABLO: ¿Le gustan las flores, verdad?...

M. ANTONIA: Me encantan. ¿Son para mí?...

PABLO: Sí...

M. ANTONIA: ¿Dónde la has cortado?

PABLO: Las he robado.

M. ANTONIA: ¿Qué dices?...

PABLO: Volcaban por la tapia del boticario, sobre el camino viejo, y parece que me decían: ¡Sálvanos tú que puedes! Estamos cansadas de ver gentes que nos desean y nadie nos saca de esta pared. Disimuladamente dejé seguir la cuadrilla... —cuando veníamos pa' el pueblo—. Salté el río... trepé las tapias y, con una mano sobre las piedras y la otra libre, cortaba tallos a puños... y me los metía al pecho hasta que lo fui poniendo rojo por fuera, como la sangre que lleva dentro. ¡Son pa' mi ama! ¡Son pa' mi ama!, venía diciendo por el camino, a solas. ¡Son pa' ella!

M. ANTONIA: ¿No te vió nadie?...

PABLO: Dios, y los pájaros que salieron huyendo.

M. ANTONIA: Gracias... Gracias, Pablo. Qué bueno eres. Son divinas. ¿Esto lo hiciste después de haberte peleado?

PABLO: Sí. Usted verá lo que hace... por mí no hay vuelta...

M. ANTONIA: Por mí tampoco. ¿Dónde vais mañana?

PABLO: A seguir con el tajo de hoy.

M. ANTONIA: Tendría que bajar a la capital... Tengo que hacer unas compras... Haría falta el carro.

PABLO: ¿Quiere usted que yo le acompañe?

M. ANTONIA: ¿Y los peones?...

PABLO: Es verdad. Claro..., usted puede bajar en el auto...

M. ANTONIA: O en el carro, ya veremos.

PABLO: ¿En el carro?... ¡Cómo me gustaría que viese corra al Lucero!, pero es muy pesao el viaje.

M. ANTONIA: ¿Cuánto tiempo?

PABLO: No alcanza a una hora. Un paseo. Saldríamos con la fresca, ¿verdad?... Cuando el sol comienza a rayar.

M. ANTONIA: Cuando la mañana despierte.

PABLO: Cuando el rruiseñor canta entre matorrales; cuando el ambiente respira fragancias color de luna.

M. ANTONIA: De pétalos húmedos,
de rocío mañanero,
de esencia de rosas...

PABLO: Cuando los gallos cesan de alborotar
y un ejército de pájaros pía
entre arbustos y frutales.

M. ANTONIA: Cuando la alondra cantà al rey de los cielos,
y la abeja abandona su panal...

PABLO: Cuando la campana llama a las mujeres de labriegos y alfareros...

M. ANTONIA: Cuando el reloj lleno de pereza
 marque la hora de la alborada...
PABLO: Que vendrá llena de fuego...
M. ANTONIA: ¿A las siete y media?...
PABLO: ¡Dichoso día!
M. ANTONIA: ¡Feliz amanecer!...
PABLO: ¡Hasta mañana, señora... ¡Hasta luego,
 ama...
M. ANTONIA: Hasta luego, señor mayoral. ¡Ja! ¡Ja!
 ¡Ja! (*Ríen los dos y hace mutis Pablo*). ¡Qué no-
 bleza y qué corazón tiene este hombre!

E S C E N A I V

María Antonia y Don Luis

DON LUIS (*Cura anciano de Valdecañas*): ¡Hola...
 ¡Hola!... Buenas tardes...
M. ANTONIA: ¿Usted, Don Luis?...
CURA: ¡Yo!...; vengo muy de prisa, sólo dos mi-
 nutitos, hija mía.
M. ANTONIA: Los que usted quiera.
CURA: Gracias. Traigo una embajada y no me gus-
 tan nada estos menesteres porque, entre hombres
 y mujeres el diablo os componga.
M. ANTONIA: Usted dirá.
CURA: Con hoy son siete, si mal no recuerdo, las ve-
 ces que ha venido por casa Raul...
M. ANTONIA: ¿Tantas?...
CURA: A mí no es porque me vaya arte ni ochavo en
 la cuestión pero, uno es lo que es... y ha de re-
 signarse a oír todo. ¿Qué le has hecho al gran-
 dulón de los Ramírez?...
M. ANTONIA: ¿Yo?... Oiga, Don Luis, me dice us-
 ted eso como si fuera un cargo; como si hubiera
 mandado un cólera; como si lo tirara al río.
CURA: No tanto, no tanto... Es que, hija mía, las
 mujeres es lo más desparejo que hizo Dios...

—El me perdone— empezando por vuestra madre.

M. ANTONIA: ¿Qué madre?...

CURA: No te violentes, mujer... ¡La del huerto! ¡La de la manzanita!... Bien está que os dió gracia y dominio para con los hombres, que creen ver en vosotras el maná de su felicidad y no, precisamente, la unión constructiva, pero, de eso al abuso...

M. ANTONIA: Sigo sin entenderle.

CURA: ¿Qué le has hecho al de Ramírez?...

M. ANTONIA: ¿Yo?... Y ¡dale! Lo mismo que a usted...

CURA: ¿Cómo?...

M. ANTONIA: Digo, que, no tiene nada que recriminarme y que si ha venido a esta casa, o sigue viniendo, es por su propia voluntad y muy suyo el juicio que se forme, sin tener base lo que de mí haya supuesto.

CURA: Lo que haya pensado o juzgado él lo sabrá, lo que he oído de sus labios es otro cantar...

M. ANTONIA: ¿Y ha tenido que ir a contar al cura lo que él no sabe pedir, si cree que merece?

CURA: Eso le dije yo, pero, es que el hombre nace niño y, aunque pase por épocas que se crea fuerte y dominador, no deja por ello de ser niño travieso o niño dictador pero, vayamos a lo nuestro. ¿Qué opinión tienes de Raúl?

M. ANTONIA: Excelente.

CURA: Como es de suponer —para qué nos hemos de engañar— que, un día u otro, como te he dicho otras veces, en esta casa ha de entrar un hombre —que no es desatino ni deshonor— y, como quiera que, debido a tus años, a tu posición y a tus principios..., todos los que “suponen”... —suponemos— mejor dicho, nos hemos inclinado por el partido del cobardón...

M. ANTONIA: ¡Don Luis!...

CURA: No..., no te asustes, hija mía. También se dice que, si con el mozo este que tienes.., que si tiene un cariño enorme..., que todo lo tiene ya como si fuera suyo..., que si su madre..., que si su tía..., pero yo... ¿eh?... Yo no..., ¡yo no!

M. ANTONIA: Esto es ya más allá de su embajada, ¿verdad?...

CURA: ¡Hummm!... Es el ministerio..., el ministerio... Yo, lo que deseo es que tu decisión sea por mandato del corazón y que todos estos viejos y viejas, que no hacen nada más que criticar y que, entre paréntesis, me están agotando las absoluciones... sobre todo con el octavo. (*Se oye la campana tocando a fuego*). ¡Calla! ¿Escucha?...

M. ANTONIA: ¡¡Fuego!! ¡¡Fuego!!...

CURA: ¿No será en la iglesia?... ¡Diablos!... ¡Voy!... ¡Voy!... (*Mutis*).

VOCES (*Desde dentro*): ¡¡Es por aquel lado!! ¡¡Por las eras! ¡Allí!... ¡¡Allí sale el humo!!...

M. ANTONIA: ¡Dios mío! ¿Dónde habrá sido? (*Sale a la puerta*). ¿Dónde vas?

ESCENA V

María Antonia y Raúl

RAÚL: ¡Hasta adentro!...

M. ANTONIA (*Retrocediendo*): ¿Dónde es el incendio?

RAÚL: No lo sé. Pasaba de casualidad... Si no molesto...

M. ANTONIA: Nunca has molestado.

RAÚL: Me alegro.

M. ANTONIA: Lo malo es que, estas no son horas de tener a un hombre en el portal cuando todo el pueblo corre a sofocar un fuego.

RAÚL: Nada pueden decir si la conciencia está tranquila.

M. ANTONIA: Eso me decía Don Luis.

RAÚL: Lo vi salir. (*Sigue tocando la campana a rebato*).

M. ANTONIA: Raúl, no podemos seguir impasibles mientras la gente sufre...

RAÚL: Es fuera del pueblo.

M. ANTONIA: ¡Qué importa!

RAÚL: María Antonia, yo no sé si el cura te habló claro. Si no te dijo nada... puedes suponértelo. Tenemos años para comprendernos sin palabras.

M. ANTONIA: Cuanto mayores somos más palabras se necesitan para convencernos. De joven, una guiñada, un piropo, una sonrisa, un chiste, un baile, o unas frases a tiempo son suficiente para que brote una chispa de amor. Al dejar la adolescencia, no es con sorpresas como se conquista. Miramos y juzgamos más allá de donde no alcanzan los ojos.

RAÚL: El destino ha querido que lleguemos a esta edad para mirarnos cara a cara.

M. ANTONIA: Eso quiero yo. Sin vendas, sin bambalinas, sin orgullo; ¡sin castas!...

RAÚL: Sin castas sí, pero comprendiendo que la rosa y el terrón del barbecho jamás se han servido uno del otro; que la oveja y el león nunca durmieron en paz, y que cada cual en su vida busca el ambiente que merece.

M. ANTONIA: ¿Qué ~~me~~quieres decir con eso?

RAÚL: Nada he dicho...

M. ANTONIA: Demasiados claros los conceptos para no ser entendidos. Torpeza es pedir que llueva, cuando el cielo está raso; que el bochorno traiga frescura o las nieves ruisseñores. Debemos aceptar lo que la creación nos manda sin olvidar que un terrón es tierra y, acondicionada, trae rosas.

Que oveja y león pueden convivir si uno y otro se comprenden.

RAÚL: La gente critica tu forma de pensar.

M. ANTONIA: Porque la ves del lado realista.

RAÚL: Porque no tienes lo que han tenido siempre en esta casa. Porque has olvidado el orgullo de la familia.

M. ANTONIA: ¿Orgullo?... Eso no tengo ¡ni lo quiero! ¿Has oído? ¡Ni lo quiero! Y te advierto que, en otros aspectos tengo más que nadie, pero no de poseer esta casona; de tener una hacienda privilegiada; de tener buenos ganados y no malas cosechas. ¡Eso no pinta nada en la vida! ¡Eso no pinta nada en la conciencia, en el corazón ni en el alma! Orgullo tengo de ser mujer, de ser **quien** soy, aunque digan lo que digan; porque, por encima de todo soy una mujer decente, ¿te enteras? Mi orgullo está en mi honradez que, para todos los que me critican les resulta invulnerable. *(Pausa)*. ¡El fuego no cede...

RAÚL: ¿A tí qué te importa?...

M. ANTONIA: ¿Es que no tienes corazón; o es que sabes que es de un pobre?

RAÚL: Sé..., sé lo mismo que tú.

E S C E N A V I

Dichos y la madre de Pablo.

MADRE *(Vestida de negro, precipitada y nerviosa)*: ¡Ama!... ¡Ama! ¡Ay, Dios mío, qué desgraciados somos!... ¡Ay, Dios mío! *(Llora)*.

M. ANTONIA: ¿Qué pasa?

MADRE: Una desgracia... ¡Ay! ¡Ay!... Todo perdido, todo perdido. ¿Qué hemos hecho Señor, para que así nos castigues?...

M. ANTONIA: ¿Sabes tú algo?...

RAÚL: No...

MADRE: Tantos trabajos para traerlo a luz... , tantas fatigas... tantos desvelos y, ahora... (Llora).

M. ANTONIA: Pero es que, ¿acaso?... ¡Señor!...

MADRE: Noches y noches pidiéndole agua, sin piedra. Días y días suplicándole sol, que no abrase; pidiendo que grane... pidiendo que crezca, rogando que calle sus soplos el viento, porque no se tumbe... porque haya cosecha... y, ahora ¡ahora! cuando está en la era, que es decir en casa... viene una mano dañina... una mano negra y, sin saber por qué ama... nos los quema... ¡nos lo quema!...

M. ANTONIA: Pero es que...

MADRE: ¡Está ardiendo la "cina" de trigo!... ¡Está ardiendo el pan del año!... (Llora). ¡El pan del año!

M. ANTONIA: ¡Jesús! Pero ¿cómo ha sido eso?

MADRE: ¡Nos lo han quemado ama!... ¡Nos lo han quemado para que muramos de hambre! ¡Le han prendido fuego, pa' que al hijo no pueda comprarle un traje nuevo! ¡Pa' que vaya todo roto... , pa' que no pueda llevar al campo un peazo del pan bueno! ¡Pa' que su madre se empeñe!... ¡Pa' que seamos dignos de lástima!... ¡Pa' que se ría de nuestra miseria toa la gente del pueblo!...

RAÚL: Eso es mucho decir...

MADRE: ¡Ay Señor... Señor... , ¿qué delito hemos cometido?

M. ANTONIA: Cálmese usted, por lo que más quiera. Calle, calle usted.

MADRE: ¡Que calle esa campana que incendia mis resabios!... ¡Que callen esas gentes que van por curiosear!... No duele —con ser pobre— ser huérfano del oro, que, más duele, más daña el verse aniquilar!...

¡Ay de mí!... ¿Qué será de nosotros? ¿Qué será

pensando que no hay pan en casa?
M. ANTONIA: Mientras yo tenga tendrán ustedes.

ESCENA VII

Dichos y Pablo que entra precipitado.

PABLO: ¡Así se habla! ¡Madre!... ¡Madre!... (*Se abrazan*).

MADRE: ¡Hijo!... ¡Hijo mío!. ¿Quién nos quiere tan mal?...

PABLO: ¡Ese que ves ahí!

M. ANTONIA: ¿EL?...

MADRE: ¿EL?...

PABLO: Este cobarde que ha venido a refugiarse en esta casa. ¡El ha prendido la "cina"! ¡Tú! ¡Tú!...

MADRE (*Conteniéndole*): ¡Pablo! ¡Pablo, cuidado!...

M. ANTONIA: ¡Calla! (*Le sonríe despectivamente Raúl*).

MADRE: ¿Qué pruebas tienes, hijo?

PABLO: Su odio, su envidia y esta boina que se le cayó al encenderla. (*La saca de la faja y se la tira a la cara*). Pero si te has creído que a mi madre le quitas el pan... si tú te crees, ¡canalla! ¡cobarde!...

LAS DOS: ¡Quieto!... ¡Quieto!...

RAÚL: Nos veremos... (*Mutis, mirándolo lleno de odio y orgullo*).

PABLO: Nos veremos a solas donde quieras. ¡Cobarde! ¡Mala casta!

MADRE: ¡Mal hombre! ¡Traidor! Hijo, ¿qué adelantas con reñir? El... el es ¡él! y, nosotros... ¡nosotros! El tiene la justicia, nosotros no tenemos a nadie ¡a nadie!

M. ANTONIA: Me tienen a mí. Mientras yo tenga harina, habrá para las dos casas.

PABLO: ¡Ama! ¡Ama! (*Le besa las manos*). Madre, el ama es una santa, como las de los altares.

MADRE: ¡Díselo bien fuerte! Que se enteren todos los vecinos. Es una santa. ¡Una santa!

M. ANTONIA: Prefiero que me lo diga a mí sola. A mí sola y que no me suelte esa mano que sabrá ganar el pan de todos, lleno de optimismo, de alegría y de amor... de amor, hacia esta casa; hacia la casa de su ama, mejor aún: de María Antonia

MADRE (*Viéndolos agarrados de la mano*): ¡Una santa! Lo ha dicho bien mi hijo: ¡Una santa, una santa!

TELON DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Habitación sencilla en casa del cura. Mesa de escritorio sobre la que hay un crucifijo sobre peana de madera. Cuadros, etc. Sentado en un sillón el cura que lee. Lleva lentes por encima de los cuales suele levantar la mirada para ver al prójimo, cuando le conviene.

ESCENA I

Don Luis, después novio y novia.

CURA (*Suenan unos golpes lejanos. Maquinalmente dice*): ¡Adelante!... (*Nuevamente se oyen*)

¡Adelante! ¡Adelante!...

NOVIO (*Empuja a la novia para que pase. El cura ni los ha visto, el novio le hace señas para que empiece ella a hablar. Miran los cuadros y están fijos como dos estatuas*): ¡Oye! ¿por qué no le dices tú, las buenas noches; me parece que no ha oído ná?

NOVIA: ¿Yo? ¡Díselo tú, que pa' eso eres hombre!

NOVIO: Déjate de pamplinas. Anda, dilo tú...

NOVIA: ¡No lo digo!...

NOVIO: ¿Nos vamos otra vez?...

NOVIA: Como quieras...

NOVIO: Pues ¡arreando! (*Inician el mutis*).

CURA: ¿Qué hacéis vosotros ahí? Pero, ¿por dónde y cuándo habéis entrao? (*Ríen los dos, llenos de timidez*). ¡Vaya, vaya, vaya!... ¡Vaya... vaya... vaya... ¿De modo que os tengo frente amí y ni me entero? ¡Vamos a ver! ¿A qué habéis venido? (*Los asusta*).

NOVIO: A... a... ¡Díselo tú!...

NOVIA: ¡Hemos dicho que eras tú el que iba a hablar!

CURA: ¡Hum!... Claro claro, ya no me acordaba. Acercaos, acercaos aquí ¡porra!... (*Se acercan llenos de vergüenza*). ¿No creo que habréis hecho nada malo? ¿Eh?... (*Dicen que no con la cabeza*). No me fío de nadie, porque según va el mundo el más tonto astronauta... Sentaros ahí. Vamos, vamos a ver, hijos míos... (*Se ríen con un pudor angelical y el cura los curioseaa detenidamente*). ¡Hum...! De modo y manera (*A la novia*) que, según tu madre ¿queréis casaros, no es eso?

NOVIA: Sí, señor...

NOVIO: ¡Jo! ¡jo! ¡jo!...

CURA: ¿De qué te ríes tú?

NOVIO: De ná... Es que me da risa ver a ésta tan decidida...

CURA: Después serás tú... pero, cuando no te vean. Todos sois buenos... (*Pausa*). Bueno... bueno... bueno... Me parece muy bien, pero, antes de dar el paso yo os pregunto: ¿Habéis pensado detenidamente los busilis que tiene el matrimonio? (*Dicen que no llenas de miedo*). ¿Los has pensado tú?

NOVIO: Oye, ¿qué es eso?...

NOVIA: Yo que sé..., serán las enfermedades o los hijos. ¡Vete a saber!...

CURA: ¡Te digo si los han pensado bien! Porque tienen que venir. ¡Tienen que venir!

NOVIO: Sí, señor. Por mí que vengan tó los que quieran. ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo!...

CURA: ¿Le harás frente a todos?

NOVIO: Y si son chicas igual, Don Luis. Tó los que vengan serán bien venidos, no hay mas que apachugar con todo.

CURA: Los que vengan no, los que tenéis ya encima.
¡Encima!

MOZA: Eso sí que no. Nosotros no llevamos ná encima Lon Luis. Yo no soy como otras que vienen atosigadas pa' adelantar fechas... Los dos vamos al matrimonio puros y limpios de polvo y paja, como hay que dir. ¡Hola! ¡Yo no llevo fusilis escondidos pa' que lo sepa!

CURA: Y yo te felicito, Teófila, yo te felicito, pero bien sé cómo tomáis el matrimonio desde que os conozco, hace más de treinta años. Se dice muy fácil “¿Me quieres?” ¡Mucho!... “¿Y tú a mí?” ¡Mucho!... “¿Nos casamos?” “¡Mucho!... digo, Bueno!”... “Tenemos treinta fanegas de grano; doscientas cántaras de vino; cuatro ovejas, un caballo” y ahí que te vá... sin percatarse de los misterios... (*se asustan*) de los escollos, de las simulaciones; de las inconveniencias y menoscabos y de los mil prejuicios que acarrea. ¿Tú sabías Danilo, algo de todo eso?

NOVIO: ¡Mecachendiez! ¿Yo? ¡Yo no sabía ná de todo eso!... ¿Pues ahura me entero que trai tantas enfermedades y juicios un casorio?... si yo lo sé... ¡Hola!

CURA: Ahí está el mal... que todos caéis como incautos. Que váis al himeneo inconscientes.

NOVIO: ¡Huy Dios!... ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! ¡Lo qui' ha dicho!... ¡Huy Dios!

NOVIA: Si lo llega a oír mi madre... Jo... jo... jo...

CURA: ¿De qué te ríes otra vez, atontao?

NOVIO: De... de eso que ha dicho usted del... del... del “meneo”...

CURA: Eso lo has inventado tú.

NOVIA: ¡Lo ha dicho usted! ¡Usted, usted y usted! Aún me pué ver el sofoco en la cara... Nosotros venimos a casarnos, si nos quíe usted autorizar lo hace y si no...

CURA: Todavía ¿eh? ¿Todavía? Antes de casaros vamos a ver como estáis.

NOVIO: ¿¿¿De qué???... ¿Nos irá a mirar la roña o qué?

NOVIA: Qué se yo... Danilo.

CURA: Ya me figuro que tendréis que estudiar, como casi todos.

NOVIO: ¿También eso? Si yo me sé esto, Teófila...

CURA: Es muy cómodo pensar en las ovejas, en el trigo, en los muebles y estar ignorantes del paso que váis a dar y... y saber por qué lo dáis. Veamos tú. ¿Quién dijo el Credo?

NOVIO: ¡¡Usted!!...

CURA: ¿¿Yo??... Señor, Señor...

NOVIA: ¡Ja, ja, ja!

NOVIO: Sí señor; el domingo en misa.

CURA: De modo que yo fuí quien dijo el Credo. ¿Y el Padre Nuestro?

NOVIO: Juan, el Botija, cuando le ayudaba en la novena.

CURA: ¡Cerril! ¡Cerril! ¿No se te cae la cara de vergüenza? Anda, chica, díselo tú.

NOVIA: ¿Quiere usted que se lo diga todo, todo, todo?, o así... por encima.

CURA: Todo lo que se debe decir y como se debe decir, ¿comprendes?; y si no, espera, ¿quién y para qué se instituyó el Sacramento del matrimonio?

NOVIO: ¡Me juego este a que no lo sabe la Teo!

NOVIA: ¿También en esto puedo decir todo, todo, todo... o quíe usted que, algunas cosas?...

CURA: Hay algunas que sólo con insinuarlas ya está bien, ¿entiendes?

NOVIA: Bueno. El matrimonio se distituyó... se distituyó pa' que las... las personas se arrejuntasen

como los animales pero, como Dios manda. Pa' que se levanten casas y haiga... haiga hogares y... y haiga haciendas y ganzos... y pa' que los hijos de los padres no sean unos hijos de... y pa' que... pa' que... todo se haga con ley y...

CURA: ¡Basta! ¡Basta! Estás muy verde, hija mía, muy verde.

NOVIO: ¡Huy! lo que te dice... ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo!

CURA: Como me figuro que no sabéis nada de nada y lo que sabéis es lo que os incita el instinto carnal, lo mismo que a los caballos o a las ovejas ¿habéis oído? Como primera medida os váis a llevar este catecismo y los dos juntitos, donde haya mucha luz... (*Ríe el novio*) os lo vais aprendiendo poco a poco. ¿Estamos? Así que, nada de portal oscuro; nada de paseos por la carrera. ¡Al comedor o a la cocina y a estudiar!

NOVIO: Eso no entra en mi cabeza, Don Luis.

CURA: No seas bruto.

NOVIO: Que no, señor. Yo sé cómo tengo la mollera pa esas cosas de letras... Me pongo, me pongo y no se me quea na de ná. ¡Na!

CURA: Ella, que es más avispada, te lo irá contando como un cuento y ya verás cómo te gusta. Si es muy bonito, hombre.

NOVIO: Y si no, mi madre que se sabe to esto de carretilla.

CURA: A tu madre, lo que tienes que decirle es que vaya más por misa, hace mucho que no la veo.

NOVIA: Está cuidando al de meses...

CURA: ¿Al de meses? ¡Ja! Es verdad. Para todo les sobra tiempo menos para venir a pedir por sus pecados.

NOVIA: Mi madre no peca.

CURA: ¿No?...

NOVIO: Esta no se calla ni ante el obispo.

NOVIA: No señor, no peca, po eso está casada...

CURA: Bueno, bueno... ya os podéis marchar.

NOVIA: Ha dicho mi padre que está usted invitado a la boda.

CURA: ¿Sí? Pues es raro según es de ateo...

NOVIO: Es, que, ha dicho, que así tenía usted en cuenta la atención al poner la receta...

CURA: ¿Sí eh?... Mira, mira... Nadie es tonto en este mundo.

NOVIA: ¿Se le debe algo, Don Luis?

CURA: De eso hay tiempo de hablar. Andar, andar, y cuidado con las escaleras, que no hay luz.

NOVIO: ¿Se piensa usted que... ¡Jo!... ¡Jo!... ¡Jo!

CURA: Me pienso que te pues romper las nupcias contra una puerta ¡Zanahoria! Os ospero el jueves.

LOS DOS: Hasta el jueves.

CURA: Ir con Dios. (*Mutis*). Los pobres son ignorantes pero limpios de alma como los propios ángeles. (*Sigue leyendo*).

ESCENA II

Don Luis, Alcalde y Raúl

VOZ: ¡Señor cura!

CURA: ¡El animal del Alcalde!...

VOZ: ¡Don Luis!

CURA (*Va hasta la puerta*): Sube, hombre, sube, y no chilles tanto. (*Se vuelve a sentar*).

ALCALDE (*En mangas de camisa, con faja*): Buenas noches nos dé Dios.

RAÚL (*Bien vestido, aunque con ropa de trabajo*): ¡Buenas!

CURA: ¿Qué noticias traéis por esta casa?

Nos estamos dividiendo hasta padres contra hijos, y hermanos contra hermanos.

ALCALDE: ¿Noticias?... Esto cada día está peor.

CURA: ¡Hombre!... pues la culpa de todo lo que está ocurriendo la tienes tú.

ALCALDE: ¿Yo?

RAÚL: Lleva usted razón.

CURA: Cuando yo era joven, había alcaldes que eran personas serias, sensatas; que se inclinaban por encima de todo, por el partido que más beneficiaba, en cambio ahora...

ALCALDE: Yo le dí la razón a Pablo porque la llevaba.

RAÚL: Eso te has creído tú.

ALCALDE: Y todo el pueblo.

CURA: Mira lo que has conseguido. Dividirnos como una nación en plena guerra civil: Dos médicos... dos practicantes... dos barberos... dos boticas... y no han traído otro cura más porque no pueden, que ¿por ganas? hubieran intentado hasta un pastor anglicano.

ALCALDE: ¿Tengo yo la culpa? ¿O qué? Lo que pasó era inevitable. Si no se le hubiera ocurrido —a “algien”— quemarle si “cina” de trigo... (*Mirando a Raúl*) que era su esfuerzo y su pan...

RAÚL: Aquello ya pasó. Tampoco a él se le debería haber ocurrido meterse donde no debía.

ALCALDE: Cada cual busca lo que se le antoja.

RAÚL: El es un peón...

ALCALDE: Es un hombre y ¡na más!...

RAÚL: ¿Un hombre? ¡Ja!... Muerto de hambre.

ALCALDE: ¡Cuidado! que es parte interesada...

CURA: Haya paz, haya paz. El pueblo, en este caso —como en todos, para qué nos hemos de engañar— comprendió que había dos clases. Las opiniones se dividieron y cada cual apoyó lo que creía suyo. ¿El señor Alcalde por quién estaba y está?...

ALCALDE: Eso quiere preguntarle “el señor Alcalde.” al señor cura...

CURA: Yo estoy por la razón.

ALCALDE: Ese es mi puesto. Yo, aparte de la razón, creí que estaba también por los pobres... yo, me lo creí... no sé por qué...

CURA: La razón está por el que la tiene y si es pobre,

pues con mayor razón. ¿Entiende usted?...

RAÚL: Repare que está tratando con un hombre de ideas avanzadas.

CURA: No se trata de eso.

ALCALDE: Podíamos tratarlo, pero, os advierto que no conozco otras ideas que las de defender al necesitado, y no creo que esto sea nada avanzado sino, lo que Cristo dicen que dijo por allí —donde usted sabe mejor que nadie— claro que, hay quien dice que lo mataron por eso... a lo mejor, como dice usted, por ser muy avanzado...

CURA: ¡Ay Señor, Señor!... Cómo confundimos todo. Calle, calle usted con lo que no entiende. Una cosa a una cosa y otra la otra. Usted confunde política con fe.

ALCALDE: Yo no he mencionado para nada la pelótica, ni quiero saber ná de ellos. Me gusta lo que pedricó Jesús y, si por algo me mataría, sería por cumplir lo de El. ¡Fuera los fariseos y los que viven en palacios y que vengan a mi lao to los pobres, que bastante desgracia tienen con llevar el cuerpo al aire y el estómago vacío!...

RAÚL: ¡Es un comunista! Yo se lo tengo dicho a usted de siempre. Este hombre hay que sacarlo de donde está. Tendremos que apelar al Gobernador y que lo vuele de su silla de un plumazo.

ALCALDE: Y lo conseguiréis, sin dar mucho plumazo, pero lo que no se va a conseguir es torcer la voluntad de muchas gentes.

CURA: Con discutir no adelantamos nada. Aquí de lo que se trata es de que ese mozo no...

RAÚL: No se quiera llevar a todos por delante. Que hay que arrancarle los espolones de una vez por todas y, eso, depende del Alcalde...

ALCALDE: Mi voluntad no se compra, señores.

RAÚL: ¿Es que no llevo yo razón en mi denuncia? ¿Acaso no se comprobó, que se llevó cincuenta cepas con el carro, cuando atravesó mi viña?

ALCALDE: No confirmo nada.

RAÚL: El juez lo ha declarado culpable.

ALCALDE: Ese es también del bando contrario.

RAÚL: Y el guarda lo atestigua cuando sea preciso.

ALCALDE: Ese también es dudoso..

CURA: No pensemos de qué bando es cada cual porque nos vamos a ver convertidos en Capuletos y Montescos.

ALCALDE: No sé por quién habla usted. A mí déjeme de latines y le diré si soy de una de esas dos naciones que ha mentao...

CURA: Anoche vinieron a pedir que diga dos misas. Una para los del zapato —para que me entiendas tú— y otra para los de alpargata. ¿Entiendes? ¡Ay, ay, ay! Bien dijo el que dijo: "Pueblo chico infierno grande".

ALCALDE: Todos atizamos, todos. Se me ocurre una idea. Si buscamos que Pablo no se meta en los asuntos... de Raúl y María Antonia. ¿Por qué no trata Raúl de buscarse fuera del pueblo algo que no moleste al vecindario y así reinará la paz?

RAÚL: Este se quedó calvo... ¡Oh, qué idea luminosa! No busco nada ni me da la real gana obedecer a nadie; cuanto menos a ti.

ALCALDE: Eso lo veremos algún día...

CURA: Callad y que hable la razón. Dejádme que yo trate estas lides, que son muchas las que voy toreando. Ella y su tía están citadas aquí para dentro de un rato, Dios proveerá.

ALCALDE: ¡Ojalá!...

RAÚL: No creo que esto sea cosa de sotanas....
(Llaman).

CURA: Ahí están... Marchad..., marchad que están ahí... Ya veréis como con las mujeres todo es fácil. Por ahí, por ahí, así no os tropezáis.
..(Mutis por la derecha). Francamente, esto no tiene arreglo. Si Dios quisiera que la tía vendría

corta de lengua, o, por lo menos, que deje ver la realidad...

VOZ: ¡Don Luis!

ESCENA III

Cura, María Antonia y Felisa.

CURA: ¡Adelante! ¡Adelante...

LAS DOS: Buenas noches...

CURA: Pasad... pasad... y sentaros con comodidad. (*Les coloca sillas*). Bueno bueno, veamos, veamos por dónde empezamos este melón. No ignoráis, en primer lugar, cómo está el pueblo. Esto es un foco rebelde y, es lo grave, que están encima las vendimias y que, si cumplen la palabra los que se han puesto de parte de Pablo, es decir, de tu... de... vaya, de tu mayoral, pues no se levanta ni una uva.

FELISA: No es novedad; lo sabemos. Siga, siga usted.

M. ANTONIA: ¿Qué culpa tengo yo?...

CURA: Eso no es cosa mía...

FELISA: Amenazan con brazos caídos.

CURA: ¿Caídos?... ¡Ojalá! Me parece a mí que serán con cada palo... que, el as de bastos será un átomo. Por eso yo me he tomado esta misión de ser intercesor entre el Alcalde y el Juez; entre vosotras y Raúl; entre los mozos y Pablo... en fin...

M. ANTONIA: ¿Usted no está en ninguna de esas banderas?

FELISA: El está en el que estoy yo, que es donde está la gente decente.

M. ANTONIA: Le pregunté a él, tía.

FELISA: Mire usted, Don Luis. Aquí lo que hace falta es un escarmiento. La juventú de hoy ya no respeta a nada ¿Dónde vamos a parar?... ¿Dónde?

¿Cuándo se ha visto esto en el mundo? Y, claro, los pobres —que, le advierto a usted que no son tanto porque tienen la fuerza—, quieren abusar de ella y hacerse respetar. ¿Dónde se ha visto esto? ¿Dónde?... ¡Ja! ¡ja!...

CURA: Ese don se lo concedió el Creador.

FELISA: ¿¿EL?? ¡Bah! Los hombres, Don Luis, los hombres. No diga usted cosas raras.

CURA: Se...

FELISA (*Aparte*): Me parece a mí que este está por el lao del Alcalde.

M. ANTONIA: Tía, cállate.

CURA: Contra lo que piensen algunos y algunas... yo estoy por la justicia y por la piedad.

FELISA: ¿Y con la educación, y con la decencia?...

CURA: Esa está en cualquier parte, porque no depende de cuna ni de sangre.

FELISA: ¡No lo digo yo! Tenemos las de perder. Se nos cambia el Juez y ¡adiós!

CURA: Yo quería hablar a María Antonia sin... sin interrupciones.

FELISA: Muy bien... háblele usted.

M. ANTONIA: Siga... siga usted. ¡Ja! ¡Ja!...

CURA: Hay quien dice que toda la culpa es del mayoral.

FELISA: ¿Y lo dudaba usted?... Toda, toda, toda, toda.

CURA: Que ha puesto los ojos...

FELISA: En esta. ¿Ahora se espabila usted, Don Luis?... Pero señor... ~~me quieres decir con eso?~~ Así es... así es ¿No es esto un disparate?...

CURA (*Sin haberle escuchado y mirándola de reojo*): Que lo mejor fuera, si esto no trae dificultades...

FELISA: ¡Zas! Lo que digo yo. Que lo saquen del pueblo. Mire usted, eso mismo hemos pensado los vecinos del Conjuro. ¿Has visto? ¿Has visto?

M. ANTONIA: ¡Tía!

CURA: Amén de que, si el amor os tiene dominados...

FELISA: ¿Dominar qué? ¡Pchiss! A esta no, le aseguro que no. Por estas. (*Besa los dedos en cruz*). ¿A él?... a él puede que sí... ¿cómo no?... pero yo le aseguro que no es cariño, no. Es la hacienda... es el ganao... es, el ser un día amo de tó. ¡Ja! ¡Ja! No es tonto el mozo no... ¡Ja! ¡Ja!...

CURA (*Dando un golpe en la mesa*): ¿Ha terminado usted?...

FELISA: Más o menos...

CURA: ¡Pues hombre!...

FELISA: Ya veremos... ya veremos...

CURA: Y tú, hija mía, ¿qué dices?

FELISA: ¿Esta? Escuse la respuesta. ¡Lo mismito que yo!

CURA (*Idem*): ¿Quiere usted callarse o no?

FELISA: Sí señor... sí señor... Pero, digo yo, ¿valía la pena venir las dos para este petate?...

CURA: No, claro que no. Ella está aquí de más.

M. ANTONIA: Yo creo, que lo mejor es dejar las cosas que sigan su curso normal.

Que el río vaya por entre rocas y espinos nada importa, si las aguas no se hieren y a las plantas les dá alivio.
Que siga el aire empujando
y el agua flote la nave;
que la nube sople vientos
y, el molino, saque harina girando.
Ni yo puedo dar quimeras
ni puedo quitar agravios.
No enamoro por capricho
ni desdeño haciendo daño...

CURA: Eso es sensatez.

FELISA: Ñoñerías, digo yo.

M. ANTONIA: ¿Cree usted que al corazón se le debe traicionar?

CURA: No sería justo.

FELISA: ¿El corazón? El corazón es un trozo que se echa al gato. ¿Ya nos vas a empezar con tus palabritas dulces de niña dieciochesca? ¡Que tienes veintiocho! ¡Veintiocho! Además, hemos venido por otra causa.

CURA: Esa era mi finalidad, pero ya no digo nada de nada.

FELISA: ¿El corazón? La hemos hecho buena...
¡Ja! ¡Ja!

CURA (*Se levanta*): Según están las pasiones, según veo a los causantes... y por lo que me dicta la conciencia...

FELISA: ¿Deja usted que siga la corriente?

CURA: Así es. Dios sabe lo que hace. Esperemos...

FELISA: Esperar ¿qué? Pues estamos buenos ahora... Para sacar este pan no era menester ma-
drugar.

CURA: Hemos puesto los medios, lo que haya de ser será.

M. ANTONIA: Y si es justicia, pétalos de rosas las
nubes soltarán,
brisas de albahaca los campos
brindarán.
¡Oh! y qué poco nos duele
que la tierra arda de norte a sur
si llevamos prisionero el corazón
soñando con verlo uncido
en aquello que te atrae:
dulce suplicio que ansías,
gloria que se inicia en Cruz.

C U A D R O S E G U N D O

Habitación muy humilde en casa de Pablo. Una puerta a la calle en un lateral. Ventanillo chico al fondo; muebles, etc., etc.

Aparecen en escena los personajes cosiendo o zurciendo.

Las tres mujeres visten de negro. Las vecinas cosen ropas negras. La madre de Pablo una camisa blanca.

E S C E N A I

Vecinas y madre de Pablo.

Tras una larga pausa, en la cual sólo se oyen suspiros de la madre. Las vecinas, a cada suspiro dan con la cabeza su asentimiento.

VECINA 1: ¡Ya tardan a venir!

VECINA 2: Nunca es tarde si... ¡al fin!

MADRE: Al fin ¿qué? ¿Qué? Dilo de una vez, mujer. Dilo bien fuerte, que se oiga por todos los contornos; que lo pregonen los vientos. No llamamos por dolor al que sufre, sino por no resentir al culpable.

LAS DOS: ¡Mujer! (*Cosen*).

MADRE (*Suspiros*): ¡Ay!... ¡Ay!... ¡No puedo!... ¡que no puedo coser! ¡Pa' qué?... ¡Pa' quién?... ¡Tengo el corazón lleno de punzadas que me acosan el alma! ¡Pa' qué coso su camisa? ¡Pa' qué?... ¡Si fuera mi mortaja!

VECINAS: ¡Ay, ay, ay!...

MADRE: No tenía otro cariño en la tierra que el suyo. (*Llora*). Ahora ya no me dirá, agarrándome de los hombros y levantándome como si fuera su misma novia: "Madre, tiene usted que pintarse los labios como las mozas, pa' que parezca más joven. Usted está siempre con cara de pena; tié que darse un poco de colorete y cortarse el pelo... como el ama... como el ama que está más guapa que tó los luceros del alba". (*Pausa*). Coser... ¡Pa' qué? ¡Pa' qué quiere él esta camisa blanca, si todas son ya negras ¡negras... para su madre cilicios que le quemán las entrañas! (*Tira la camisa sobre la silla*).

VECINAS: ¡Se ha oído un auto!

MADRE: Sí ¿Vendrán? (*Va a la ventana*). No, no son ellos. ¡Es el recaudador!...

VECINA 1: ¡Mal rayo lo parta! En hora mala llega.

VECINA 2: ¡No se despeñara!...

MADRE: Se despeña el bueno
que el malo tiene vida larga.
Siglos son las horas
que dañando arrastra...

¿Con qué le pagaré yo a este hombre teniendo así al hijo? ¿Quién me lo ganará? ¡Ay, Señor, qué desgracia; con lo que hace falta pa' vivir, según están las cosas... y, toavía tener al hijo inútil, con los remos bien fuertes; con las piernas de roble, con las espaldas como una casa; derrochando salud, que jamás supo de boticas ni indiciones; que no faltó al trabajo nunca, pero que, ahora... no sabrá sino de noche y tinieblas, de soledad y mordaza. Se me morirá de pena si no me lo vuelven con vista a mi casa.

VECINA 1: ¡Haiga pacencia!...

VECINA 2: ¿Qué hemos de hacerle?...

MADRE: ¿Pacencia?... ¿Pacencia?... ¡Haiga castigo para el culpable! ¡Haiga justicia pa' el inocente! ¡Haiga presidio para el infame!

VECINA 1: Todavía nada se sabe, mujer...

VECINA 2: Eso es... son suponencias las que tú haces.

MADRE: Son como el día que nos alumbró;
crudas, amargas realidades.

¡Hijo!... (*Llora*). ¡Hijo mío!

¿Qué desgracia has cometido
si, al nacer,
te dió mi ser

para tu soplo cobijo?

¿Qué causa mueve tu sino,
que, aun siendo pobre de cuna
has de ser un perseguido?

VECINA 1: Calla, calla mujer. ¿Quién sabe si no vendrá con los ojos bien abiertos?

VECINA 2: Claro; mirando por los otros...

MADRE: O con ellos, de día y de noche para mirar siempre muertos. Virgen del Sagrario amante, haz que le vuelva la luz, y que, al cobarde que atenta, ante todos, los señale una penitente cruz.

VECINA 1: Ella y su Hijo te oigan...

VECINA 2: De Dios la justicia sea...

VECINA 1: Que nunca por mucha astucia de cumplir se quedó a medias.

MADRE: Ella me hace confiar, que, de los hombres las leyes se aplican... ¡según a cuál!
¡Ay, hijo mío, cómo debes de penar!...
(Pausa recordando).

Noche de pena maldita,
noche cruel, infernal.

Noche que el viento mordía
vidrio y tabla sin cesar.

Era el cielo un dragón negro,
con mil ojos... ¡sin piedad!

La luna, fauce torcida de rabia,
para cegar...

Los árboles, cual gigantes
se mecen en soledad

y el dolor, pócima yecta
que empuja que quiere entrar

y, entre penumbra y quejido
de sombras viento y quimera

¡un hombre! ¡Un hombre que busca
a mi hijo,

que duerme pensando en viñas,
en trival, en rastrojera!...

Y lo despierta un volcán
que le incendia sus luceros.

¡Madre! ¡Madre!

—Me decía bajando a rastras,
queriendo ver a mis ojos
que ya no podía verlos;
queriendo ver a mis labios
que lo llenaban de besos
y que, por más que luchaba
estaba escrito no verlos!... (Llora).

VECINA 2: ¡Ah, cobardía! Si no mediara el dinero...

MADRE: ¡Y el pueblo calla que calla,
—como si nada pasara—
como si mi hijo valdría
como un perro o una cabra;
como si el dolor del pobre
en las justicias del mundo
nada les significara...
Pero está su madre... ¡su madre!

VECINAS: ¡Calla, calla, mujer!...

MADRE: Que tiene aún vista y uñas
y unos brazos que atenazan,
y unos dedos que, —en silencio—
si a mi Pablo no sanaran,
¡la garganta del culpable
como si fuera un pañuelo
toda su sangre estrujara!

VECINA 1: ¡Lástima, según es él!...

VECINA 2: ¡Y los ojos que tenía!...

MADRE: ¿Ojos?

Desde que nació eran puros
como las peñas del río,
que el agua las va lavando
y cuanto más las restriega
más resplandece su brillo.
Iba a la escuela, de niño,
saltando cual corderillo
que, en el espacio infinito
sigue al lucero del alba

sin importarle el camino.
Y no sabía leer —que aún no lo había
aprendido—

pero las figuras todas
las recordaba al dedillo.
Veía al padre, a dos leguas,
desde la torre subido;
y contaba los “aviones”
cuando en días de tormenta
revoloteando en el aire
forman grandes remolinos.
Nunca los ví con dolor
ni aguantando pesadumbres,
eran claros, transparentes
nacidos para el amor...
Pero ya no los veré,
ni de ellos se servirá

¡Ay, Señor... Señor!... ¡Cuánto dolor!...

VECINA 2: Confiemos en la ciencia.

MADRE: ¡La ciencia creando mata!

VECINA 1: Pablo no está solo...

VECINA 2: Tiene muchos de su parte. Tiene a su
madre y al ama...

MADRE: Gracias a ella mi hijo vive.

LAS DOS: Bien lo sabemos...

VECINA 1: ¿Lo malo es no haber sabido quién fué
el culpable?

MADRE: ¡No digas quién, como con dudas, como si
Pablo inventara...

¡Como si un derrame fuera!...

¡Maldito quien tal suponga,
que no lo hace sino por traer sospechas,
y por armar componendas!

VECINA 2: Así se encubre...

VECINA 1: Así se enreda...

MADRE: ¡Los vi yo, yo! Eran ojos quemados
como si un ascua a cada uno le metieran,
y por hacerlo... ¡Canalla!

dormido bien lo durmiera...
Después que dormido estaba
¡qué fácil es ponzoñar!... (*Llora*).

VECINA 2: ¡Otro auto!

MADRE: ¿Será el ama? El ama que me lo trai de la ciudad. ¡Cómo le pagaremos tanto desvelo!

VECINA 1: ¡Sí, son ellos! (*Corren las otras dos a la ventana*).

MADRE: ¡Es él! ¡El! ¡Ay! Como tengo el corazón de querer verlo y no verlo... ¿Cómo vendrá mi hijo?

VECINAS: ¡Ahí llegan! (*La sujetan*).

MADRE: ¡Dejadme! ¡Dejadme! Quiero ver a mi hijo... Es mi hijo... ¡Mi hijo!...

ESCENA II

Dichos con Pablo y María Antonia.

M. ANTONIA (*Vestida elegantemente*): ¡Pasa! ¡Pasa despacito, Pablo! ¡Aquí está tu madre!

MADRE (*Que ha escuchado sin darse cuenta que la tenían agarrada de los brazos reacciona al ver a Pablo con una venda sobre los ojos*): ¡HIJO! ¡HIJO! ¡Hijo mío! (*Intenta soltarse*).

PABLO: ¡Madre!... ¡Madre!... (*La busca a tientas*).

MADRE: ¡Aquí! ¡Aquí!... ¡Dejadme de una vez! (*Se suelta*). ¿No me ves? ¡Aquí!... ¡Aquí, hijo mío, aquí!... ¡Ay! ¡Ay! ¡Dios mío! ¡que no me ve!... ¡que no me ve!... ¡Hijo mío... hijo de mi alma!...

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I

María Antonia, Madre y Alcalde

ALCALDE (*En el centro del escenario, sentado. A un lado tiene a M. Antonia y al otro a la madre de Pablo. Lleva la vara de Alcalde y va muy "trajeado" como si viniera de la ciudad*): Yo lo siento, pero es una orden del Gobernador.

MADRE: Le dices al Gobernador que haga lo que le dé la gana.

M. ANTONIA: Las disposiciones, muchas veces se mandan por fórmula.

ALCALDE: Ya os quisiera yo ver a vosotras en mi cargo... ¡Ja!... Esto sí que tiene "pelendengues"...

MADRE: ¡No haberte metido!

ALCALDE: ¡Y dale!... Alguno tenía que ser, mujer.

MADRE: Pero no tú. No queréis, no queréis y cuando estáis sentados en el sillón, con un secretario, el alguacil y los concejales, os creéis igual que "napoliones"...

M. ANTONIA: ¡Bien dicho!

ALCALDE: Eso no irá por mí...

MADRE: Va por tí como por todos. Además, si tendrías lo que es menester... si hubieras tenido un poco de amor propio, ni por tó el oro de las Indias tenías que haberte sentao con uno de esa casa en la mesa del Ayuntamiento.

ALCALDE: Lo dices por...

M. ANTONIA: No volvamos a lo mismo.

MADRE: Hace muchos años, muchos: ¡más de veinticinco!... pero, no se me olvidará jamás que el fué de los que mató a mi hermano Juan Esteban.

ALCALDE: Ya sabes que yo no era ni soy de ellos; que estoy de puro compromiso haciendo este cargo, y sabes que, por encima de todo, está el pueblo con su gente, con su hacienda y con tó lo que merece defender. ¿O es que os creéis que, porque manden estos vamos a dejar que venga un alcalde de fuera a gobernarnos? Vergüenza me daría a mí decir que aquí no hay uno que le falten agallas pa ser alcalde. ¿Quién os conformará a vosotras? Si no mandas: cobarde; si mandas, traidor...

MADRE: Quien manda no eres tú, pa qué nos vamos a engañar.

ALCALDE: ¿Qué no? ¿Pues, bien?

M. ANTONIA: Raúl y Paco... se hace lo que dicen ellos.

MADRE: ¡Bien dicho!

ALCALDE: Será porque me dé a mí la gana ceder.

MADRE: ¿Sentarse con él frente a frente, cuando ninguno les hablamos desde entonces... cuando los vemos por la calle y se nos llenan de hieles las entrañas?... ¡No tienes sangre! Y, aún oirás hablar mal de ellos y te callarás haciéndote el sordo y justificando... Era tan primo tuyo como hermano mío. ¡Si yo fuera hombre!... ¡Ay, si yo fuera hombre!... Me saldría la sangre por los ojos al verme al lado de los que han acribillao a los de tu familia y, que aún nos siguen tirando a matar, que si hoy habría otra revuelta, lo mismo que entonces estorbábamos pa ellos ¿Ya ves el fuego?... ¡Ya ves cómo tengo al hijo!... y tú, sentadazo con él y riéndote con él...

M. ANTONIA: Mejor que callemos. Que le diga el secretario que no se ha podido conseguir reunir mujeres para esa junta y ya está.

ALCALDE: Os digo que estoy más harto que buey de

paja. Hace dos horas he tenido una buena con el practicante.

M. ANTONIA: ¿Otra vez?...

ALCALDE: Como falta el otro, se ha negao a ponerle la "tierra mecina" a la del sordo, y si no se lo digo a los guardias no se la pone. Lo gracioso es que nadie nos hace caso. Bajo, como hoy, al Gobernador, le cuento cómo está el pueblo y se me ríe a boca llena diciendo que semos como no sé cual de Fuente-la vacuna o ¡qué se yo! Porque te hablan cosas que no sabes ni por dónde van... Toavía al marchar me acabó de decir: "Usté, señor Cándido es totalmente como el de Móstoles". ¿Qué sus parece? No le solté un disparate como el que me ha dicho él, por respeto a la autoridá que por ganas... Eso de Móstoles lo tengo aquí... ¡Aquí! No sus vayáis a creer...

MADRE: Se ríen, pero se acuerdan de nosotros cuando hay que cobrar o hacer justicia... la justicia que les gusta a ellos.

M. ANTONIA: Para dar apoyo tienen oídos sordos. Existimos sólo en las listas de los presupuestos.

ALCALDE: Pronto cambiará todo. Dicen que van las cosas muy bien y que antes de cinco años nadaremos en oro y nos tendrá envidia medio mundo.

MADRE: ¿Quién te contó eso? ¿Con quién has estao en la capital?... Tira esa vara bien alta de una vez por todas. ¿No te quema las manos? Cada vez que pienso que no has hecho ná por aclarar lo del atentado del sobrino?...

ALCALDE: No se ha podido, mujer, no se ha podido. ¿No lo miraron el juez y el médico? ¿No dijeron que era natural? ¿Que quies de mí?

MADRE: ¡Calla! No te hagas el cómplice, que sólo faltaba eso.

M. ANTONIA: Hubieras informado a Madrid. Te hubieras llegado hasta el mismo Ministerio de Justi-

cia y, llevando razón, dan oídos allí mejor que en la Capital.

ALCALDE: ¿No sabís que se opuso el Secre?

MADRE: ¡Eres un sabanazas! Hombres como tú quiere el Gobernador...

ALCALDE: Os deajo; con vosotras no se puede. Como no sabéis leyes os creéis que no hay más que apretar la clavija donde uno quiere... No sabéis de leyes y eso es todo. (*Inicia el mutis*).

MADRE: ¡Adiós, señor Leyes! Espera, espera, que yo también voy para casa. Tendré al hijo esperándome. Vuelvo en seguida, María Antonia.

M. ANTONIA: Aquí la espero. (*Mutis, se oyen risas de jóvenes*).

E S C E N A I I

María Antonia, Valvanera, SAGRARIO y Angeles.

VALVANERA (*Entran con las costuras*): ¡Hasta dentro!

TODAS: Buenas tardes, María Antonia.

M. ANTONIA: ¿Os han entretenido los mozos?

ANGELES: Sí, los vendimiadores gallegos.

SAGRARIO: Han venido desde Galicia. Fíjate, María Antonia, ¡caminando!

VALVANERA: Uno tiene veinte años y apenas nos entendía nada.

ANGELES: Dijo que en América tiene tíos multimillonarios. ¡Ja, ja, ja! Ya ves, y el tiene que ir andando día y noche...

M. ANTONIA: No te rías. En América hay gallegos muy ricos.

SAGRARIOS Si vieras cómo nos hemos reído al marchar el auto de viajeros.

M. ANTONIA: ¿Por?...

SAGRARIO: Bajaba la del Trompeta y el marido, y han armao una trifulca. Ella quería que su mari-

do entrase a los asientos pa' no manchar el traje nuevo y él se ha empeñado en subir a la baca...

VALVANERA: No quería saber nada con tantas mujeres.

SAGRARIO: Dijo que prefería ir con un ternero y dos cabras que iban arriba. (*Rien todas*).

M. ANTONIA: Tienes que tomar unos hilos más de este lado para que no salga tan grueso. ¿Ves?... Así... eso... (*A Sagrario*). Y tú no aprietes tanto, mujer...

VALVANERA: ¿Podemos cantar un poco?

M. ANTONIA: Haced lo que queráis.

ANGELES: Dijimos que hasta que Pablo no sanara...

VALVANERA: Es verdad...

M. ANTONIA: No importa. Si tenéis ganas, hacedlo. Es peor contener la alegría.

SAGRARIO: Cuanto me gusta oírte hablar.

VALVANERA: ¿A ti? ¿A todas!...

ANGELES: Para todo tiene consejo y consuelo.

VALVANERA: Nadie sino ella espera que Pablo pueda ver.

M. ANTONIA: Esperar... es tan hermoso. Cuando no se tiene nada que esperar, ¿de qué puede servir que venga un nuevo día, un año más, la primavera o el invierno, si todo es maquinal, sucesivo, encadenado? En la esperanza está la novedad, el optimismo, la luz y la felicidad.

SAGRARIO: Hay quien dice que, si viera...

LAS DOS: No se lo digas...

M. ANTONIA: ¿Tiene tanta importancia?

VALVANERA: Cómo me gustaría saber lo que piensas... ¿Verdad que le tienes mucho cariño?

M. ANTONIA: ¿Quién de vosotras no se lo tiene?

ANGELES: Pero es que, el tuyo...

SAGRARIO: El de ella se distinto...

M. ANTONIA: Conocí a Pablo cuando era niño. Venía a casa con su padre, y muchas veces, le he lavado la cara. Cuando llegó a los 15 ya nos fuimos

separando; había algo que nos imponía separación. La clase y otras boberías de tiempos pasados. Pablo tiene un gran corazón.

TODAS: Lástima que, ahora...

SAGRARIO: Qué malos quereres.

VALVANERA: Y no saber quién fué...

ANGELES: Porque no quieren saberlo.

VALVANERA: Porque se tapa.

M. ANTONIA: No se tapa el juicio que cada uno haga.

SAGRARIO: Si se hubiera caído por la ventana...

VALVANERA: Dios debía haberle dado ese castigo.

M. ANTONIA: Tengamos paciencia...

ANGELES: Téngala Pablo.

SAGRARIO: Y su madre.

VALVANERA: La pobre mujer todo le viene encima. La muerte del marido, el incendio, el atentado contra el hijo...

SAGRARIO: Y aún hay quien dice que todo es castigo.

M. ANTONIA: Las malas lenguas no hay quien las calle.

ESCENA III

Dichos y Madre.

MADRE: Buenas tardes.

TODAS: Buenas.

M. ANTONIA: ¿No se sienta usted?

MADRE: Eso quisiera, que desde hace un año no sé lo que es paz y sí mucho de guerra...

VALVANERA: Paz tendrá usted.

MADRE: Cuando el perro cuerpo esté bajo tierra.

SAGRARIO: ¿No viene Pablo?

MADRE: ¿Venir? ¿Ha venido alguna vez? Lo han traído.

M. ANTONIA: ¡Callad!

MADRE: Lo han traído paso a paso,
como si fuera una momia,
como si fuera un cadáver
que estuviera amortajado.

¡Dios mío! ¡Por qué no nos llevas a los dos y nos quitas este sufrimiento?

TODAS: Tenga calma.

M. ANTONIA: No le saquéis esta conversación hasta que cure.

MADRE: Gozo, y, mucho, viendo cómo las mozas se ocupan de él. Aquellos ojos... ¡Más guapo no lo había por todos los contornos!

MOZAS: Ni lo hay, señora Patro.

MADRE: Ya no... ¿Quién me lo querrá así? ¿Para qué sirve el pobre? ¿Qué son sus ojos sino tumbas que ocultan el vidrio que mostraba el alma, como el río las piedras y los peces, como el espejo la faz del que busca verse. Vosotras os echaréis un novio joven o viejo, pobre o rico pero, que vea. Que os mire al ir y venir del campo y diga lo guapa que está su mujer. Mi hijo no puede ser uno de esos...

M. ANTONIA: No diga eso jamás.

MADRE: Ama. Déjeme llorar. Bien sé que sólo a su lado encontramos consuelo. Lo he dejado ahí, a la vuelta. No quiere venir acompañado; no quiere que lo vean. Es muy hombre, ya lo sabe usted. Me ha rogao que mire a ver si está usted sola pa' entrar. (*Llora*). Pobre hijo mío...

M. ANTONIA: Que venga. No sabe cuanto agradezco que esté a mi lado.

MADRE: Con Dios...

MOZAS: Adiós, señora Patro.

M. ANTONIA (*A ellas*): Viene Pablo, yo sé que no le gusta que aquí haya..., ¿entendéis?

VALVANERA: Vamos, chicas. Ya nos contarás después.

SAGRARIO: Me gustaría estar con él.

M. ANTONIA: Esperemos un poco...

TODAS: Hasta mañana.

M. ANTONIA: No dejéis de venir. Adiós.

Ahí viene. No quiere ni agarrarse a las paredes para ser más hombre, como dice su madre. (*Le da la mano*).

ESCENA IV

María Antonia y Pablo.

PABLO (*Aparece con la venda*): Gracias... Gracias, María Antonia.

M. ANTONIA: ¿Cómo estás hoy? ¿Siguen doliendo?

PABLO: No, ya no. Quizá sea porque se me han apagado para siempre.

M. ANTONIA: O porque el mal se fué.

PABLO: ¡Ojalá! ¿Qué hora es María Antonia?...

M. ANTONIA: Las tres y media.

PABLO: Las tres y media... ¿Hay sol?

M. ANTONIA: Sí.

PABLO: Hay sol..., hay luz..., estamos en vendimias... ¡Estáis! Yo no estoy en nada. Llevo la noche en los ojos y en el alma.

M. ANTONIA: En el alma no, Pablo.

PABLO: Sí. Que desde que se han tapado sus ventanas no hace sino suspirar por ver a alguien que no ve.

M. ANTONIA: No te pongas pesimista, que te hace daño.

PABLO: Otros años, estos días, el mayoral le traía al ama las mejores tempranillas y garnachas, o los moscateles del Encinar. ¡Eran pa' el ama!... ¡pa' el ama! ¡Pobre del que los tocaría!... Ahora nadie se acordó de ellos. Irán a las camportas y al lago como todas las demás uvas... (*Se oyen campanillas y voces*).

M. ANTONIA: ¡Escucha! ¿No oyes?

- PABLO: Sí. Son los del Corralón que van a la viña.
Llevan el carro con las dos mulas...
- M. ANTONIA: Van muy alegres.
- PABLO: ¡Con los canastos llenos de mosto!...
- M. ANTONIA: ¡Con el corquete como una espada!...
- PABLO: ¡Con un enjambre!... ¡cubiertos de alas!...
- M. ANTONIA: ¡Dando a las mulas brío de potro!...
- VOCES (*Cantando*): ¡Corre, corre, corre;
corre Capitana,
que a mi moza llevo
con la mejor gana!...
- PABLO: Se van... Irán riendo unos con otros. Las mozas sentadas; los mozos saltando sobre las varas. ¡María Antonia!
- M. ANTONIA: ¿Qué quieres?
- PABLO: ¿Cuándo iré yo en mi carro?
- M. ANTONIA: Muy pronto...
- PABLO: ¿Y si no fuera nunca?
- M. ANTONIA: No pienses en eso.
- PABLO: ¿Tienes flores?
- M. ANTONIA: Sí. Desde que tú me trajiste aquel ramo, todos los días pongo uno en aquel jarrón.
¿No lo ves?
- PABLO: ¿En cuál?...
- M. ANTONIA: ¡Oh! ¡Perdóname! Yo te las voy a enseñar. Este ramo es como el que tú robaste, ¿te acuerdas? El de la tapia del boticario; pero es mucho más feo, muy feo, horriblemente feo...
- PABLO: ¿Te acuerdas bien cómo era aquel?... Yo sí. Lo estoy viendo... Eran para tí..., las traía lleno de vergüenza y de ilusión... Eran pa' mi ama.
- M. ANTONIA: Para María Antonia.
- PABLO: Me gustaba mucho decirte ¡mi ama! Se me llenaba la boca de emoción porque eras un ama joven como un hada. Aquella tarde ardió la cina de trigo..., después... ardieron mis ojos y ya no volví a ver más rosas ni más hadas...

M. ANTONIA: ¡Calla! El médico te ha probido enfadarte.

PABLO: A mi ama la veo siempre. Sé como está peinada ahora, sé como tiene los ojos..., como lleva el vestido..., cómo sonrío...

M. ANTONIA: ¡Pablo!... *(Le agarra la mano y se la pone en los ojos)*.

PABLO: ¡María Antonia! ¿Qué haces?... ¿Qué haces?... *(Le toca la cara y los ojos, comprobando que llora)*. ¿Tanto me quieres?

M. ANTONIA: Mucho.

PABLO: ¿Por piedad? *(Se retira)*.

M. ANTONIA: ¿Dónde vas?

PABLO: A veces, sin darme cuenta... sueño cosas imposibles...

M. ANTONIA: Nada hay imposible.

PABLO: No importa, oyéndote llamarme Pablo y yo María Antonia seré feliz. Quiero que me hables con sinceridad.

M. ANTONIA: Pregunta cuanto quieras.

PABLO: ¿Qué te ha dicho el médico? No temas decirlo...

M. ANTONIA: Que, antes de una semana, estarás como él y como yo.

PABLO: ¿No me mientes?

M. ANTONIA: Palabra.

PABLO: Si vuelvo a ver, ¿me seguirás llamando Pablo con el cariño que lo haces ahora?

M. ANTONIA: O más aún. ¿Es que no te das cuenta cuánto te quiero?

PABLO: Sí..., pero...

M. ANTONIA: Pongo a Dios por testigo.

VOCES: ¡¡María Antonia!! ¡¡María Antonia!!

PABLO: Te llaman... ¿Qué será?...

M. ANTONIA: Es raro... esos gritos...

E S C E N A V

Dichos Felisa, después amigas.

FELISA: ¡Sobrina!... ¡Ay, qué desgracia!... ¡qué desgracia!...

LOS DOS: ¿Qué pasa?

FELISA (*Corriendo*): Una desgracia muy grande... muy grande...

MOZAS: ¡María Antonia!... ¡Vamos!... ¡Vamos!...

M. ANTONIA: Pero ¿qué ha pasado?...

MOZAS: Dicen que es en el camino del Carrascal.

PABLO: Pero ¿qué?

MOZAS: ¡Raúl! ¡Se ha matado Raúl con el carro! (*Marchan corriendo*). ¡Vamos... Vamos a verlo!...

M. ANTONIA: ¡No!

PABLO: ¿El?...

PABLO (*Queriendo quitarse la venda*): ¡Quiero verlo!... ¡Quiero verlo!...

M. ANTONIA: ¡Cuidado!

PABLO: Se ha matado... ¿Has oído, María Antonia? Se ha matado... (*Pausa*). ¿Te has quedado callada?... Me gustaría verte ahora los ojos.

M. ANTONIA: ¡Pablo!... ¡Pablo!... ¿Cuándo me vas a comprender? Es que no te das cuenta lo mucho que te amo... ¡Que te amo, Pablo! (*Lo abraza*).

PABLO: Sí... Sí... Ahora sí. (*Se abrazan*).

E S C E N A V I

Dichos y Madre.

MADRE: ¡Pablo! ¡Hijo!... ¡Dios hizo justicia!... ¡Dios hizo justicia! Ha muerto el que... (*Entra y los ve abrazados*). ¡No! ¿EL? ¿Ella?... ¿Mi hijo y el ama?... ¿Están besándose?... ¡Oh!

(*Cae de rodillas*). ¡Gracias!... ¡Gracias, Señor!... ¡Gracias!... ¡Qué bien sabes hacer las cosas!

FIN DEL PRIMER CUADRO

CUADRO SEGUNDO

Habitación en casa de María Antonia. Balcón que da a la calle en el fondo. Derecha, interiores; izquierda, a la calle.

ESCENA I

Mozas, Felisa y María Antonia

MOZAS (*Ríen*): ¡J, ja, ja!

FELISA: ¡No reirse, porra! Mujeres eran aquellas y no las de hoy.

TODAS: ¡Bah! ¡Bah! ¡Bah!

FELISA: No tanta baba... ¿Sabéis lo que hizo la abuela de Zenón, el de la Ojitos?

TODAS: ¡Que lo cuente... que lo cuente!...

M. ANTONIA: ¿Es muy largo, tía?

FELISA: ¿Tienes mucha prisa? ¡Aguántate! Ya te sobrará tiempo de estar con él. Antes de un año no querrás ni que se ponga a tu lao... Hoy todo son dulzuras... Las bodas, las bodas...

MOZAS: ¿Qué pasó señá Felisa?

FELISA (*Mientras limpia los pendientes con el pañuelo*): La Satur, era una moza donde las habría. Guapa, bien puesta, por delante, por detrás, decente, trabajadora y más limpia que los chorros de la fuente. No como vosotras, que os quedan muy pocas cualidades... ¡Ya, ya!

ANGELES: Siga, siga usted con la Satur...

OTRAS: Al grano, al grano, señá Felisa.

FELISA: Un día, tuvo la desgracia, como la tiene és-

- ta hoy, de ennoviar. Era un chico de La Rad. Hablaron como todos y, al mes ¡cataplúm! ¡La boda!
- VALVANERA: ¿Les corría alguno?...
- FELISA: Yo qué sé, maja... Después me lo dices...
- TODAS: ¡Qué bueno es esto!...
- FELISA: ¿Bueno? ¡Podrida se armó!
- TODAS: ¿Aquel día?...
- FELISA: El día de los "responsables". Figuraros... El altar..., las arras; los confites, los padrinos, la cena y...
- TODAS: ¿Que, qué?... ¡Siga, siga!...
- FELISA: ¡Nada! ¡Nada! Que sois unas mocosas y no queréis saber sino lo que no se puede decir.
- TODAS: ¡Oh!...
- M. ANTONIA: Cuéntaselo, no es para tanto...
- FELISA: El pobre marido quería... No sé como decirselo. Se fueron todos después de cenar, el marido la llamaba y llamaba... ¡Buenos son de zalameros!... ¡Ja, ja!
- TODAS: ¿Y ella? ¿Que, qué?...
- FELISA: Ella, empeñada en que no ¡y no! ¡No y no!... Aquella no era como sois ahora...
- TODAS: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué tonta!
- SAGRARIO: ¿Qué hizo él?...
- FELISA: Se pasó la noche en un sillón, y ella en otro. Así una noche, y otra y otra...
- M. ANTONIA: Qué tiempos aquellos...
- FELISA: El pobre marido, cansado de esperar.
- TODAS: ¿A qué?...
- FELISA: ¡A callarse! Habló con el tío de ella, que era Don Javierín, el Párroco de Tómalos y... ¡nada! Ni por esas.
- VALVANERA: ¿Qué decía ella, señá Felisa?
- FELISA: Que se había casado sólo para el arreglito de la casa, Pa' poner el cocido, lavar la ropa, planchar y dir al campo si se terciaba...
- TODAS: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué estúpida!
- FELISA: Aquellas eran mujeres enteras.

VALVANERA: Nadie lo duda... ¿no os parece? (*Ríen todas*).

M. ANTONIA: ¿Tuvieron hijos?

FELISA: ¿No van a tener? ¡Buenos son los hombres!... ¡Doce!! Todo es cuestión de empezar... Todo en la vida es cosa de iniciarse...

SAGRARIO: Menos mal que era una incauta...

FELISA: Tú si que eres cauta y ¡bien cauta! Cuando vea a tu madre le voy a decir qué astucia tienes. No tenéis más que orejas y ojos...

VALVANERA: Vaya tontería. Mejor es vivir despierta que no traer problemas hasta con el marido y el clero. (*Ríen todas*).

M. ANTONIA: Tía, que se van a quedar sin brillo los pendientes.

FELISA: Pa' eso son las joyas, pa' que se cieguen los que las miren. ¡Vaya alhaja! (*Colocándoselos*). Te lo repito como la vez anterior y, ojalá que no te lo diga más veces. Estos son los que llevó tu madre un día como este de hoy para ti y, se los puso, tu tía Felisa. ¡Treinta y dos años! ¡Cómo se va la vida!

M. ANTONIA: Siempre pesimista...

SAGRARIO: Este lazo no se te soltará aunque te tiren desde las campanas a la plaza.

ANGELES: ¿Te ponemos el velo?

M. ANTONIA: No. Aún falta...

VALVANERA: ¿Y los guantes?

M. ANTONIA: Un poco de paciencia...

FELISA: ¡Que me digan ahora si no es esta hija un ángel!

SAGRARIO: Vestida estás con tules y collares...

ANGELES: Con ricos perfumes de reinas...

VALVANERA: Con brisas de plata...

FELISA: No la hay más bonita en los altares.

SAGRARIO: ¡Cómo te envidio la suerte!

VALVANERA: ¡Cómo gozarás en la luna de miel!...

ANGELES: Bien te lo mereces...

FELISA: Arrope se ha vuelto la hiel.

SAGRARIO: Mañana os llamará el alba.
cuando, sin dormir... soñéis Eden...

ANGELES: Dejad la ventana abierta...
Los mozos os cantarán
hasta que atranquéis la puerta...

VALVANERA: ¡No déis la luz al dormir...
si es que dormidos quedáis!...

FELISA: Queréis callar, abejaorros...
pues vaya lección que dáis... (*Ríen todas*)

M. ANTONIA: ¿Qué hora es?

FELISA: Las once y media pasadas.

TODAS: ¿Ya?

VALVANERA: ¡Cómo corrió el reloj!...

FELISA: ¿Pues qué os creéis? ¡Ale, ale! ¡Fuera!
¡Fuera todas!...

M. ANTONIA: Déjalas tía, ellas gozan como yo.

MOZAS: Esperaremos al novio.

SAGRARIO (*De lejos, a las amigas*): Miradla qué guapa está.

FELISA: ¡Ay! Si la viera su madre... y su pobre padre, en paz descansa... Cinco años tenías cuando murió. ¡Cinco! Aún parece que lo estoy viendo tendido en la cama, con los ojos en blanco...

M. ANTONIA: ¡Tía! ¿Quieres hacerme llorar?...

FELISA: ¡Ah! ¡Qué perra vida esta!...

ANGELES: Novia más guapa no la hay en toda Castilla.

SAGRARIO: ¡Jamás se ha visto más bella princesa!

VALVANERA: ¡Qué bondad en sus ojos brilla!

FELISA: Esa es en este día su mejor promesa.
¿Oye? ¿No te cansan estos abejaorros? Señor... Señor...

M. ANTONIA: Ellas me divierten siempre. Cuánto tarda, Pablo...

FELISA: No tengas miedo que no te lo roba nadie...
¡Pa lo que se iban a llevar!...

M. ANTONIA: Tengo miedo por su vista.

FELISA: ¿Su vista? ¡Ja! La tiene mejor que la mía. Ya no se cegará más, no. Te lo puedo asegurar. ¡Menudo pez ha pescado con su accidente!... ¡Vengan muchos como ese!... ¡Ya, ya!...

M. ANTONIA: ¿Crees que no se lo merece?

FELISA: Qué se yo. Así está la madre de hueca... ¿Cómo no?... ¿Cuándo iba a soñarse esto la Patro? ¡Ja! Ya, ya... Allá tú... se ha dado el paso pues ¡adelante!

VOCES (*Desde la calle*): ¡¡VIVA LA NOVIA!!

OTRAS: ¡¡Viva!!

VOCES: ¡¡Viva el novio!!

OTRAS: ¡¡Viva!!

VALVANERA: ¡¡Qué hermoso día de bodas!!

SAGRARIO: Hasta el día parece vestido de fiesta. Todo está distinto siendo lo mismo.

ANGELES: En el ambiente se vé la ceremonia.

VOCES: ¡¡Viva la madrina!!

OTRAS: ¡¡Viva!!

M. ANTONIA: Tía, échales unas cuantas pesetas a esos chicos.

FELISA: ¿Pesetas? ¡Pronto empiezas a tirar de gordo... Les soltaré unas perras a la cara pa' que callen de berrear y no vuelvan más.

M. ANTONIA: Pero no hagas como la otra vez, que las echaste al fuego y el que la agarraba miraba al balcón para maldecirte.

FELISA: Puede que hoy lo repita, que ya tengo esos gritos aquí. No creas que me faltan ganas. (*Mutis*).

VALVANERA: Poco falta para que te digan. ¿Quieres a Pablo Canales por esposo?

M. ANTONIA: ¡Si le quiero! ¡Si le quiero! (*Ríen todas, envidiándola*).

ESCENA II

Dichos y el Alcalde.

ALCALDE (*Con un paquete voluminoso*): ¡Hola! Perdonar que... que haiga entrao hasta aquí... Yo no sabía que...

M. ANTONIA: No importa.

ALCALDE: Claro que no. Llevo veinticinco viendo vestirse a tu tía Sole. No creas que me asusto porque te estén vistiendo a ti, estando las presentes delante. Sobrina, ahí tienes el regalo de bodas

M. ANTONIA: ¿Qué trae?

ALCALDE: ¡Bah! Una manta de Palencia. Ya sé que mucha falta no os hará ahora, que sois jóvenes pero, llegarán los mocetes, que me figuro los encargaréis cuanto antes.

M. ANTONIA: Si somos de ley...

ALCALDE: De ley? Eso era antes. Ahora hay mucha falsedá pa todo... La compro tu tía en el comercio de las tres BBB. Dice que mejor no la train pa la venta, pero, como es pa ti...

M. ANTONIA: ¿Por qué gastaron tanto?

ALCALDE: ¡Bah! Un día es un día. Además que me voy a descontar bastante... ¡tengo ganas de comer!... Oye, ¿sabes que estás más maja que una reina? Te veo y me pareces a la de Inglaterra. ¡Dios qué cara y qué planta!... Cada vez que pienso la suerte que ha tenido el mayoral...

M. ANTONIA: Todos decís la mismo.

ALCALDE: Todos no, que dos familias han marchao del pueblo por no ver las ceremonias. ¡Que rabien!

M. ANTONIA: Huyen de Dios.

VOCES: ¡Viva el novio!

ALCALDE: Ahí viene el mozo.

M. ANTONIA: Ya era hora...

MOZAS: ¡Ya sube! ¡Ya sube! (*Va M. Antonia también*).

ALCALDE: No corras... no corras, que te ha de sobrar tiempo pa todo.

ESCENA III

Dichos y Pablo.

PABLO: ¡Hola! (*Trae un ramo de flores*).

M. ANTONIA: ¿Rosas?

PABLO: Para ti. Rosas para mi novia bonita.

MOZAS: ¿Te las guardamos? (*Se las cojen*).

M. ANTONIA: ¿Son de la tapia?

PABLO: Sí. Fuí a por ellas antes de amanecer. Quise darme ese gusto. Traen suerte.

ALCALDE: Así que tú también eres de los que van antes de amanecer, a... ¿eh? Y yo el cómplice ahora... La hemos hecho buena, sobrino...

M. ANTONIA: Llévenos presos a los dos. (*Ríen todos*).

MOZAS: ¿Hay mucha gente?

PABLO: Desde la plaza hasta aquí todo lleno de mujeres.

ALCALDE: Pobres comidas... Hoy riñen más de cuatro maridos.

PABLO: ¿Vamos?

M. ANTONIA: Cuando quieras.

ALCALDE: ¿Y la madrina? ¿O es que voy a ir solo? ¿Dónde está el sinapismo?

FELISA: Aquí lo tienes, majo... ¡No sé si ir a tu lado o qué hacer!...

ALCALDE: ¿No te gusta la autoridad?

FELISA: Desde que te llamaron aquello de Móstoles... no sé qué te diga...

ALCALDE: ¿Pa qué lo has mentao?... Eres un demonio...

FELISA: A mí me gustan los hombres, hombres.

ALCALDE Me sobra de todo lo que a ti te gusta, con

perdón de mi mujer. Venga ese brazo que me voy a dar más pisto que El Espartero.

M. ANTONIA: ¿Y tu madre, Pablo?

PABLO: Ahora viene. Con un poco de vergüenza... y un poco a la fuerza...

E S C E N A I V

Dichos y la Madre.

MADRE: A la fuerza no. Me importa muy poco lo que digan todas esas y esos. Si una iría a hacer caso...
¡Hija mía!... ¡Qué preciosa estás! (*La besa*).

ALCALDE: ¿Qué dices ahora, Patro?

MADRE: Decir... Tendría, pobre de mí, tanto que decir... Toda mi vida, la de mi marido y la de este hijo se me ha metido en este momento por los ojos y la llevaré clavada en mis sienes. Yo quisiera que todos los del püeblo comprendieran mi alegría, mi felicidad y mi dolor. Este es un día distinto a todos. Este día es de tantas cosas que una ha vivido... Azahares, lutos, campanas... ¡Ah, Señor! Yo quisiera que tú y todos los hombres dejarais un poco de ser malos, a veces, y que ya no habría en el mundo dolor ni lágrimas, que todos fuéramos iguales. El mundo fué hecho para vivir siempre días así...

ALCALDE: ¿A ver si voy a tener yo la culpa de las guerras y de que vayan a la Luna con cohetes?
¡Hombre... hombre!...

MADRE: Dios os concedió el privilegio de hacerlo todo y, con ello, hacéis cosas muy malas y muy buenas también. Esto vaya por ti, hijo mío. Dale a esta mujer toda la felicidad que se merece por lo que te ama. Hazla feliz desde que sale el sol hasta que vuelve a salir otra vez y deja que el pueblo siga diciendo lo que le dé la gana. Deja que yo y las que son como yo sigan velando por los

que hacen nido para traer la nueva fruta que llena las casa de alegrías.

PABLO: ¡Madre! (*La abraza*).

ALCALDE: ¡Basta de sermones! (*a un golpe con la vara*).

MADRE: Dices bien. Mira, hijo, qué guapa tienes a tu novia. Es un ángel, en cuerpo y alma.

FELISA (*Aparte*): Y en cartera... ¡Ja! Que todo es bueno... Pa qué engañarnos... ¿Salimos o no salimos?...

ALCALDE: Bueno estará el cura.

M. ANTONIA: ¿Contento, Pablo?

PABLO: Como mi madre, veo tantas cosas juntas... Flores... unos ojos que se van del mundo mirando a los míos... una boca de grana... un cuerpo precioso... un sol radiante... ¡Cuánta felicidad!

FELISA: ¡Ya, ya!... ¡Mucha!

MADRE: Dios os colme de bendiciones.

MOZAS: ¡Y de hijos!

FELISA: Ale... Ale... vosotras a lo vuestro... a lo vuestro.

ALCALDE: Pero... ¿salimos o no salimos?... ¡Me caso en la Luna!

FELISA: Tú eres capaz de subir allá pero, a lo otro...

VOCES: ¡Viva la boda! ¡VIVA! (*Inician la marcha*).

ALCALDE: Así da gusto. A veces es bueno mandar...

Ahora todos contentos... (*A Felisa*): Ya tiene seguro el trabajo el mayoral ¿eh?...

FELISA: ¿*El trabajo?* y... el pan del año... ¡EL PAN DEL AÑO! ¡EL PAN DEL AÑO!

(*Van desfilando camino de la calle y cae el telón entre gritos de los niños en la calle y cohetes*).

FIN DE LA OBRA

ANTONIO CILLERO ULECIA
(AMADOR DE CASTILLA)

TIERRA SEDIENTA

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS

BUENOS AIRES

ANTONIO CILLERO ULECIA

——— "Amador de Castilla" ———

PERSONAJES

MUJERES

JUANITA
TERE
REMEDIOS

HOMBRES

JUAN CARLOS
DON PASCUAL
GOYO
MARTIN

Todos los personajes de esta obra son creados por el autor, cualquier similitud será pura coincidencia.

Acción: Castilla la Vieja (un pueblecito).

Epoca: La actual.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Es propiedad del autor.

ACTO PRIMERO

Al levantarse el telón aparece una sala netamente castellana. Muebles viejos pero con cierta elegancia de haber pertenecido a una familia de importancia dentro del localismo en que se desenvuelve la acción. Una puerta a la derecha comunica con el interior, otra, a la izquierda del actor, a la calle. En la pared del fondo, un mirador de cristalería dará vista a una calle. Tiene una ventana abierta y por ella se asoma Juanita. En el suelo saliente del mismo, una mesita de mimbre, una silla con ruedas y dos mecedoras, todas de mimbre. Por los cristales, en lejanía montañas castellanas, secas, peladas.

ESCENA I

Juanita y Don Pascual.

JUANITA (*Mirando por el mirador. Tiene en la mano un bastoncito que le sirve para apoyarse aunque muy ligeramente. Viste con cierta elegancia, es joven y bonita. Como si hablase sola*): ¡Otra vez la primavera!... ¡Otra vez los campos verdes, verdes..., todos verdes!... Las flores llenas de vida y color, embriagando con su perfume... Las frutas creciendo... creciendo..., tomando formas y azúcar... Otra vez han vuelto las golondrinas que hacían suspirar a Becquer... ¡a Becquer! Don Pascual... ¡A Becquer!... (*Llora*).

DON PASCUAL (*Cura del pueblo que está sentado junto a la mesa*): ¡Vamos!... ¡Vamos Juanita... no te pongas pesimista y ven aquí... ¡Ven aquí!... ¡Apártate de ese mirador!

JUANITA: ¿Retirarme, dice usted? ¿Para qué? ¿Para no ver lo que en la vida nace, crece y goza?

¡No! ¡No! He pasado ocho años sin poder moverme de esta silla. Ocho años mirando todos los días por estos cristales; viendo a todos ir y venir del trabajo, llenos de ilusión, contando sus tareas hechas, o, por hacer. Desde aquí he visto ocho inviernos, ocho primaveras, ocho veranos y ocho caídas de hoja... fija a los vidrios, como la hiedra a los muros del río. He visto hacerse novios..., comprometerse..., casarse..., tener hijos... y verlos ir a la escuela. Todo lo he contemplado sola, en silencio, como si estuviera sentenciada a mirar y a no gozar más en lo que me queda de existencia.

DON PASCUAL (*Se levanta*): Bueno, bueno... Dios lo ha querido así.

JUANITA: ¿Dios?... ¿Dice usted que El lo ha querido?... Sí, es verdad... ¡Ya salen los novios! ¡Allí van las parejas de paseo! Ellas, con vestidos de flores, que los bambolean como banderas de triunfo; ellos, con su camisa blanca y la chaqueta al hombro. Van al campo, y los ribazos y las praderas los esperan verdes... ¡verdes! (*llora*). ¡A mí ya no me espera el campo sino para devorarme! Hace dos noches, aquéllos que comienzan a ser novios se pararon aquí, bajo mi balcón y les oía todo lo que decían. Con mucha seriedad se juraban un amor eterno que sólo rompería en sus almas la muerte. El mozo, muy pícaro, quiso darle un beso y ella se le escurría, se le escurría entre los brazos hasta que... ¡al fin!...

DON PASCUAL: ¿Se lo dió?

JUANITA: Tres seguidos. ¡¡Tres!!...

DON PASCUAL: ¡Ay, Señor... Señor!... ¿Cómo no van a ocurrir después las precipitaciones?...

JUANITA: Se marcharon avergonzados de un delito puro como el que hacen los pajarillos, que también se besan, Don Pascual, y yo, me tiré a la cama

llena de amargura. ¡Mírelos! Mírelos usted... Ahora van jugando... Yo también lo hice. No, no... ¡que no quiero verlos! que no quiero verlos, de tanto como quisiera... (*Se acerca con el bastón*).

DON PASCUAL: Comprendo tu dolor.

JUANITA: ¿Comprenderlo? Creo que no. Hay que vivirlo, hay que beber las hieles que yo he bebido. Los curas sólo saben compadecer o dar consuelo con penitencias.

DON PASCUAL: Que no es poco, hija mía.

JUANITA: ¿Sabe usted, cuántos años tenía cuando conocí a Roberto?... ¡Dieciocho! (*Precipitada*). El había cumplido 22. Tenía los ojos grandes, azules: le hablaban cuando me veían. Era alto, con pecho fuerte, con las piernas como el mejor atleta; con una espalda hecha a cincel... con una boca de grana; con un pelo rebelde, indomable, con las manos largas, delicadas; con un cuello como para llevarse colgada todo el día de él sin que sintiera mi peso. Nos amamos ciegamente dos años. ¿Quién diría que, aquel pecho podía ocultar tan terrible enfermedad?...

DON PASCUAL: Y que no pudiste olvidarlo..., dejarlo, —mejor dicho...

JUANITA: No quise. No quise, porque no había un pequeño resquicio ni para intentarlo. Mis tíos, por retirarme de él me enviaron aquí con mis padres, ¿para qué?... Ya sabe usted para qué, para amarlo más y más, para pedir que viniera a contagiarme cuanto antes. ¿Contagiar? ¿Morir? ¿La muerte? ¿Y qué? ¿Hay algo mejor que ella cuando se la recibe unidos? ¿No es peor quedarse sola años y años, con las piernas duras, frías como el mármol y, sin tener a nadie a mi lado que me haga una caricia o me traiga un poco de alegría? Tenía a mis padres. Dios se los llevó a los cuatro meses de morir Roberto, hizo bien, que, peor fue-

ra, después de viuda, verme tullida como si la vida misma tratara de petrificarme.

DON PASCUAL: Todo aquello ya pasó, Juanita. Después de ocho años que has estado soportando esta maldita enfermedad ya estás bien, ¿no es eso?

JUANITA: Me valgo sin la silla y, hasta sin agarrarme por las paredes, que no es poco. Llevo el bastón por llevarlo, no porque lo necesite. Esto sí que debo agradecérselo a Dios porque, al menos, puedo acompañar a mis sobrinos.

DON PASCUAL: ¿No vino aún de fuera la... ella?

JUANITA: Sigue en Madrid.

DON PASCUAL: ¿En Madrid? ¡Vaya, vaya... vaya, vaya!...

JUANITA: ¿También usted está intrigado, como muchas vecinas y vecinos?

DON PASCUAL: ¿Yo? Pues... ¿qué quieres que te diga?... Si son o no...

JUANITA: Duda, ¿verdad?...

DON PASCUAL: Allí ellos, hija mía. Dios no es tonto... y tampoco la gente del pueblo. El es joven y guapo.

JUANITA: ¡Mucho!

DON PASCUAL: Ella... entradita en años —según dice la gente que la vió el día que llegaron—. Hay quien dice, Juanita, que en América hay una liberalidad catastrófica para esto del matrimonio. En fin, mientras no den que hablar como aquellos turistas suecos que hubo que echarlos a pedradas, todo va bien...

JUANITA: Están en mi casa. Respondo yo de lo que aquí ocurra, y, si a alguien ha de criticarse, antes quiero ser yo que ellos.

DON PASCUAL: Me parece bien. ¿Dónde fué tu primo?

JUANITA: A dar un paseo con un caballo que le han prestado. Hace unos minutos que pasó por aquí

de regreso, así que no tardará en llegar. ¿Quiere usted hablarle?

DON PASCUAL: Lo quiero invitar a la misa Mayor del Domingo. Viene un fraile de Logroño que es una lumbrera y, me gustaría que esté entre las autoridades. No sé... pero, me parece que aún no conoce nuestra Iglesia. ¿Por qué no lo llevas tú?

JUANITA: ¿Yo?... Conozco sus pensamientos y no creo que...

DON PASCUAL: Inténtalo, mujer. A ti te obedecerá. ¿Has de probar?

JUANITA: Veremos, Don Pascual.

DON PASCUAL: Dios te lo premiará.

JUANITA: No lo haría por merecerlo sino por complacer a usted. Ya sé que las lenguas hablarán más que la cuenta pero, poco me importa lo que inventen. ¡Han dicho ya tanto!... "Que arruiné y maté a mis padres"... "que mi pobre Roberto murió de enfermedades de las malas mujeres que trató". "Que estaba podrido antes de conocerme".

DON PASCUAL: Lo sé... lo sé todo.

JUANITA: "Que me contagió a mí y por eso ha pasado lo que ha pasado". "Que si en Madrid fué así y de la otra manera". Ah. No hay mayor desgracia para una mujer, que quedarse viuda de recién casada, y mantener la viudez aunque, como en mi caso, sea obligada por una enfermedad que no busqué.

DON PASCUAL: Ahí está... ahí está... Por eso debes cuidarte y, ahora más que nunca. Te voy a ser franco. Más de quinientas mujeres, desde hace ocho días, están poniendo los ojos y los oídos en estas ventanas y tras de estas paredes. No hace falta que te diga el por qué.

JUANITA: No, si ya me lo figuro, pero tampoco me extraña. ¿Dejarán a alguien en paz? ¿No han dicho del Secretario, que si está robando al pueblo? ¿Del Alcalde, que se traga todo lo recaudado en im-

puestos y él no paga ni uno? ¿Del alguacil, que si se lo ve en casa de la Teodora y en lo de Asunción cuando los maridos están en el campo?...

DON PASCUAL: ¿Sí? ¿Marcelino anda en esas, ahora?... ¡Jesús... Jesús!... ¡Qué noticias!...

JUANITA: Y ¿no han dicho del cura, que si?...

DON PASCUAL: No, no... de mí no...

JUANITA: Que si el testamento que le hizo a...

DON PASCUAL: ¡¡Mentira!... Mienten... *mienten*...

DON PASCUAL: Que, si con aquella ama que tuvo...

DON PASCUAL: ¿Yo? ¡Pobre de mí!...

JUANITA: ¿Y, que se está haciendo rico con las bodas, muertes y bautizos?

DON PASCUAL: ¡Vade retro!... ¡Vade retro!... ¡Mentira!... ¡mentira!

JUANITA: No lo digo yo. Es lo que "se dice"... lo que dicen esos y esas que miran a estas ventanas.

DON PASCUAL: No he dicho nada... nada... ¿Te espero el domingo?

JUANITA: Sí. Lo llevaré conmigo. Lo llevaré para que me ayude a ir por la calle aunque salgan y miren desde todas las esquinas y desde todos los balcones.

DON PASCUAL: Adiós, hija mía, adiós.

JUANITA: ¡Hasta el domingo!... Don Pascual. (*mutis del cura*)

¡Pueblos!... ¡Cómo sois los pueblos!...
Encantadores para visitarlos,
duros para convencerlos,
terribles para aguantarlos...
Te envidian, te quieren,
te ayudan... te dañan...
nunca sabes lo que piensan
porque, verdad y mentira
con el mismo velo empañan.

ESCENA II

Juanita y Juan Carlos.

JUAN CARLOS (*Joven, muy alegre y conquistador. Entra lleno de ilusión, vestido con pantalón de montar y botas de cuero. Lleva un mimbre. En la mano izquierda un bonito ramo de flores*): ¡Buenos días, queridísima prima!

JUANITA: ¡Hola, Juan Carlos! ¿Cómo te fué?

JUAN CARLOS: ¡Mal... muy mal!

JUANITA: ¿Por qué?

JUAN CARLOS: ¿Concibes un paseo en caballo a solas, cuando tengo una prima tan bonita para acompañarme?

JUANITA: Ay, si pudiera...

JUAN CARLOS: La próxima vez me acompañarás.

JUANITA: ¡Ojalá! ¡Cómo me gustaría! Tengo unas ganas locas de verme cubierta de árboles por los costados y por el pecho; meterme en la dehesa y correr como lo hacía cuando era una chicuela; cortar pámpanos, comer zarzas, meterme en los ríos y atravesar sembrados sintiendo que las piernas son azotadas por miles de frágiles plantas que se separan con el envión de mi cuerpo, para dejar una estela como el navío cuando rompe el vientre del océano.

JUAN CARLOS: Sigue, sigue... (*La abraza y le acerca las flores a la cara*)

JUANITA: ¿Flores?... ¿Me trajiste flores?... ¡Ah, qué bonitas!...; ¡qué perfume silvestre tienen!... Como ellas quisiera yo ser... rosa, de fuertes colores y no pálida azucena...

JUAN CARLOS: Tú eres jazmín, geranio y romero; hierba-buena de los huertos; clavel, que, de los balcones sube camino del cielo, entre nubes de esmeralda

y luceros rebentones
que embriagan con sus destellos.

JUANITA: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿También eso, Juan Carlos? ¿Y si te oyera... Gladis?

JUAN CARLOS: Déjala que siga por su Madrid encantador, buscando el eslabón perdido.

JUANITA: Tú prefieres encontrarlo por el campo, ¿verdad?

JUAN CARLOS: Es más encantador. La tierra, los árboles, los ríos, los animales que gozan de amplia libertad y no temen nuestros prejuicios, ni para juntarse, ni para criar donde quiera que les plazca.

JUANITA: No te desvíes y volvamos a lo de ayer.

JUAN CARLOS: ¿Ayer? Ayer es hoy y el mañana que hará un siempre permanente. Ayer te dije que no quería verte con ese bastón, ¿estamos? Trae, trae aquí (*Se lo quita*). Así... así. Ven a mí desde esa pared, igual igual que si tendrías un año. ¡Vamos! ¡Vamos!...

JUANITA: No es la primera vez que lo hago. (*Se coloca en la pared*)

JUAN CARLOS: Pero ahora te esperan los brazos abiertos de tu primo por si te caes. ¡Adelante! ¡Adelante!

JUANITA: Eres un diablo... (*Avanza decidida*)

JUAN CARLOS: ¡Ya está! ¡Muy bien! (*La abraza y le dá dos vueltas sin tocar el suelo*)

JUANITA: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Contigo no se puede. (*se sienta*). Siéntate unos minutos.

JUAN CARLOS: Los que me ordenes. Estoy en tu casa (*Saca los cigarros*). ¿Un cigarrillo?

JUANITA: No debería hacerlo pero... ¡vaya por ti!

JUAN CARLOS: Por mí estás echando fuera ese enquilosamiento que tenías en las piernas. Antes de un mes te quiero ver andando en bicicleta.

JUANITA: Qué optimista eres (*Pausa*). ¿Tú conoces la vida de los pueblos?

JUAN CARLOS: Me la imagino.

JUANITA: ¿Crees que se ocupan de ti?

JUAN CARLOS: ¡Mucho!

JUANITA: ¿No temes a sus juicios?

JUAN CARLOS: En absoluto.

JUANITA: No te importa si dicen que... "que ella te lleva", que..., vaya "que es muy mayor para ti" y... y que "ella y tú no..."

JUAN CARLOS: Lo sabía desde que en Méjico decidí traerla a tu pueblo para que conociéramos la tierra tuya, la de mi padre y esta casona que vió nacer a los hermanos y a los hijos del tío Miguel —a vosotros—.

JUANITA: Te admiro. Me gustaría ser como tú. Si vieras lo que se dice de todo el mundo... Lo que se dijo de mí misma.

JUAN CARLOS: Conozco los titulares lanzados contra ti.

JUANITA: ¿Todos?

JUAN CARLOS: Sin temor a errar una frase. Verás: "Dicen que se casa la hija de Miguel con uno de Madrid"... "Dicen que si está enfermo"... "Dicen que se ha muerto por"... "dicen que a ella la contagió y la pobre"... Todo, Juanita, todo y sé lo que a mí se me está trayendo y llevando estos días. ¡Que se vayan todos a freir churros!, —como decís aquí.

JUANITA: Pero, hieren bastante.

JUAN CARLOS: Eso quieren ellos, mortificar.

JUANITA: Antes de venir tú, estuvo aquí Don Pascual.

JUAN CARLOS: Conozco su historia...

JUANITA: ¿También esa?

JUAN CARLOS: Tenéis una gacetilla que la envidiarían los rotativos más grandes del mundo. ¿Dónde me pararé a charlar que no se hable del Secretario, del Alcalde o del cura? Lo que no les importa es lo que ocurre en Londres o en Moscú, pe-

ro ¿aquí? ¡Vaya!... Y sé lo que vino a decirte.
JUANITA: Me gustaría saber si lleva razón, Juan Carlos.

JUAN CARLOS: ¿Tú también?

JUANITA: No no... , no quiero saberlo, no quiero saberlo. Allá tú y ella; no quiero saberlo, no me importa.

JUAN CARLOS: Bien hecho.

JUANITA: Vino también para hacerte una invitación. Quiere que vayas el domingo a misa.

JUAN CARLOS: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Pues se quedará con las...

JUANITA: Le dije que irías conmigo, ayudándome, pero... si no quieres...

JUAN CARLOS: En ese caso, iré.

JUANITA: Gracias. Eres extraordinario.

JUAN CARLOS: Y tú, la mujer más encantadora de la tierra. (*Se le acerca*)

JUANITA: Con estas piernas... con el corazón lleno de dolor... con los ojos marchitados de tanto llorar y llorar ausencias... con los oídos tapados para no oír lo que sube desde esa calle o... o abriéndolos demasiado para sufrir con el bello gozar de los demás. Con mis sonrisas y mis carnes dormidas en una siesta de muchos años.

JUAN CARLOS: ¡Mentira! Todo mentira... todo infantil.

JUANITA: No, infantil no. Una ha sido niña y ha deseado saltar, correr, jugar a novios por hacerse mayor y después, cuando fué necesario, empeñar el cuerpo y el alma en un compromiso del que depende la felicidad o el calvario. En ese juego saqué una carta del mazo con la que sólo tuve que pagar, nunca recibí el más mínimo premio.

JUAN CARLOS: Sin embargo, yo te veo, querida prima, de otro modo. Fuiste la plaza ambicionada para el enemigo, la que todos hubieran querido

asaltar y no pudo sino uno, un valiente, un virtuoso que abrió las puertas y cayó alucinado por el botín que tuvo ante sus ojos. Un héroe al que tu ciudadela le ha erigido un monumento. Después de la primera conquista, la plaza sigue inexpugnable.

JUANITA: ¿Quién podía conquistar a una muerta civil? No he vivido sino para gozar recordando, para atormentarme ante lo imposible, pidiendo cuanto antes una existencia más feliz en el otro mundo, porque en éste nada bueno podía esperar.

JUAN CARLOS: Hasta que vine yo.

JUANITA: Sí... tú... tú, y tu... y tu señora.

JUAN CARLOS: Es verdad. Cuándo te anuncié por carta, desde Madrid, que íbamos a tu lado, ¿cómo nos imaginabas?

JUANITA: A ti, sabidos los años... como eres, si no tan alegre, al menos bien parecido. Con respecto a ella... tú ya sabes...

JUAN CARLOS: Joven..., bonita... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... Todo depende de gustos.

JUANITA: Sí, claro... ¿Eres feliz?

JUAN CARLOS: Lo procuro.

VOZ: ¡¡¡JUANITA!!!

JUANITA: ¡El indiano!

JUAN CARLOS: ¿Quién?

JUANITA: Un vecino que ha estado en Cuba en tres ocasiones, hace más de treinta años, y quiere conocerte. Tu padre y él fueron amigos de niños. Es charlatán pero ocurrente, ya lo verás.

VOZ: ¡¡¡JUANITA!!!

JUANITA: Suba... suba usted, señor Goyo.

VOZ MAS CERCA: ¿Dónde está ese americano?...

JUANITA: Ha venido tres veces y nunca has estado. Gozará hablándote, pero ne le hagas mucho caso,

es audaz y atrevido, mal hablado pero, buen castellano...

ESCENA III

Dichos y Goyo.

GOYO (*Anciano de unos setenta y cinco años. Lleva un palo tosco en la mano*): ¿Molesto?

LOS DOS: No señor.

GOYO: Entonces... ¡Buenos días!

LOS DOS: Muy buenos...

JUANITA: Aquí lo tiene usted, señor Goyo.

GOYO: ¿Con que tú eres el hijo de Hilario?

JUAN CARLOS: Para servir a usted...

GOYO: A mí no, majo, ya tendrás por ahí a más de cuatro mozas que están disiando... Bueno hombre, bueno... me alegro de verte... No te pareces ná, ná a los tuyos...

JUANITA: ¿Quiere usted tomar algo?

GOYO: ¿Yo? ¿Me lo vas a sacar tú? Buena estás chiguita, pa' subirte a una silla o pa' dar una voltereta en la cama... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

JUANITA: ¿Ya empieza usted? Te dejo un rato con él.

GOYO: ¿Dónde vas? Si vas a sacar algo, que sea la bota... sólo la bota. Mientras, voy a echar dos parrafadas con éste (*Mutis de Juanita*). Bueno hombre, bueno. Así que de las Américas... ¿Qué tal está tu padre?

JUAN CARLOS: Bien..., un poco... un poco mal del hígado pero ¡bah!...

GOYO: Que no le haga caso. ¿Si te digo que no sé ni ande lo tengo yo? Mira, no hay "pior" cosa que cair en manos de médicos... En cuanto te empiezan a decir usté tié el riñón con piedras..., el corazón dilatao... o los pulmones con sombras... ya has sonao majo, ya te han dao la mitá del certifi-

cao de defunción, porque te quitan la felicidad al estar to el día "saminándote" a ver las piedras, a ver los golpes del corazón y a estar al sol to el santo día. Aquí me ties a mí. Setenta y cinco, majo, setenta y cinco, y sin saber lo que es un dolor de muelas. Comiendo chiles picantes y tocino desde que me despierto a las cuatro de la mañana, hasta que me acuesto con las gallinas, vamos a la hora de ellas, pa' que entiendas.

JUAN CARLOS: Es usted admirable.

GOYO: Así que el hijo de Hilario, ¿eh? Cuando vuelvas pa' allá le vas a decir a tu padre que estuviste con el que le quitó la novia. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Aquella estuvo buena... Lo dejó porque se creía que yo volvía de Cuba forrao de oro. Siempre se piensan aquí lo mismo. Bueno era tu padre; trabajador, leal y de pocas palabras pero sanas.

JUAN CARLOS: Es usted colosal.

GOYO: Dime hombre dime, ¿qué tal América?

JUAN CARLOS: Muy bien. Un progreso enorme..., mucho cariño a España...

GOYO: ¡No! Eso no... Cuando yo estuve en Cuba había de todo... Te advierto que no me extrañaba nada, estaba muy cerca lo del dichoso Maine... Nos echaron mucha tierra encima los del Norte... ya la pagarán..., algún día la pagarán. Cría cuervos y tápate los ojos... Oye: ¡Qué mujeres las cubanas!... ¿Las conoces?... ¿Has estao tú por allá?

JUAN CARLOS: No señor. ¿Las conoció usted?

GOYO: ¿Yo? Pues claro... Me rifaban... me rifaban. Ganaba bien..., tengo dejao por allí mis rastros... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Tenía buenos años, majo... Me gustaba Cuba: progreso, alegría, pero mal clima... malo, muchos cayeron en la caña... Oye: ¿dónde está tu compañera?

JUAN CARLOS: ¿Mi esposa, dice usted?

GOYO: A mí no... a mí no... que he corrido América, majo... a mí no...

JUAN CARLOS: Está en Madrid... A ella no le gusta el pueblo.

GOYO: ¿Y tú le tienes tanta fe pa' dejala sola y que esté por allá con tantos hombres que andan a la pesca? Ochenta leguas uno de otro ¿y tú tan tranquilo? ¡Hum!...

JUAN CARLOS: Sí, señor, ¿por qué no?

GOYO: Aquí no semos así. Semos más celosos...

JUAN CARLOS: Nosotros vivimos como nos dá la gana, ¿no le parece?

GOYO: Hacéis bien. Si uno le iría a hacer caso a la gente... ¿qué no habrá oído esta pobre mujer? ¿Qué no se habrá dicho de ella? ¡Hasta coplas!... ¡Coplas!... Tú no sabes ná porque has llegao hace unos días pero... la pobre; y qué ideas, qué ideas el que las inventaba... Fíjate majo en esta:

La viuda que el casamiento
aunque poco lo ha probao
no se puede contener,
y, por eso se ha enfermao,
Juanita, la de Miguel.

JUAN CARLOS: En vez de darles lástima...

GOYO: Hasta en la calle la cantaban, pero ella firme. Una roca derribada, pero aguantó toda la correntada y la sigue aguantando que, aún no se ha terminado. Oye, a ti, ¿qué te parece la primita? ¿Verdá que es muy guapa y muy buena?

JUAN CARLOS: Es digna del hombre más noble y más decente.

GOYO: Eso mismo digo yo. Te lo dice un viejo. Lo que vale en la mujer es la honradez y la limpieza, y ésta tié pa' regalarle a muchas, además, que es más guapa que el lucero del alba, educada, fina. Lástima que aquel mal hombre..., no sé si sabes tú lo de...

JUAN CARLOS: Lo sé. ¿Está usted seguro de lo que se dijo?

GOYO: ¡Hombre! No creo yo que los de carrera hablen por hablar. Era un mujeriego y, la pobre, que no lo quiso entender... En fin, ojalá que aún pueda pescar un mozo... como tú, pongo por caso, verías como se pasaba bajo la pata a todas las mozas de hoy que no vale ninguna pa' ná, aunque fumen y lleven pantalones.

JUANITA (*Saliendo, trae una bota de vino*): ¿Se hablaba de mí, verdad?

GOYO: Y de quién mejor. Te lo tengo dicho desde hace muchos años y te lo digo delante tu primo:

Clavelina del arroyo
que ves el agua pasar,
no te quedes sobre el poyo
que, si no mojas las raíces
te tienes que marchitar.

JUAN CARLOS: ¿Hizo usted el verso?

GOYO: Sí señor, que por algo fuí de joven el cachivirrio de los danzadores. El improvisador —pa' que entiendas.

JUANITA: ¿No te ha gustado?

JUAN CARLOS: Sí. La encuentro idéntica a la anterior

GOYO: ¿Te gustan las quartetas?

JUAN CARLOS: Puede que me vaya interesando ahora por estas locales.

JUANITA: El señor Goyo es como el romancero de la zarzuela.

JUAN CARLOS: El poeta del lugar.

GOYO: ¡Quiá! Todas no son mías... Estamos muchos que sabemos. Uno, como no sabe qué hacer, me siento en el carasol y digo: ¿A quién le podré decir hoy una? ¿Al médico, al boticario... al cura?...

JUAN CARLOS: ¿O a Juanita, la de Miguel?...

GOYO: A esta no. La conocí desde pequeña y sé bien

lo que ha sufrido. Trae, trae esa bota que la vas a calentar con la mano. A vuestra salud. (*Bebe*)

JUAN CARLOS: Gracias.

GOYO: Esto es pa' mí lo mejor que hizo Dios.

JUAN CARLOS: Después de las cubanas.

GOYO: ¡Ay las cubanas, majo!... Eran como el sol de allá... como su tierra..., como sus noches... Lástima que soy viejo y no me puedo hacer el cuarto viaje... (*Bebe*). Bueno, majos, a quedarse solos y a no acordarse de los ausentes, ¿eh?

No te acerques a mi cuerpo
que la sangre me alborotas,
y después que has hecho el fuego
veremos quién lo sofoca.

JUAN CARLOS: ¿Cubano o local?

GOYO: Le va bien pa' cualquier ocasión donde hay jóvenes como los presentes. Luego te la devuelvo más liviana, que no me gusta que lleves peso.

JUANITA: Usted siempre ocurrente. (*Mutis de Goyo*)

JUAN CARLOS: Y mal pensado.

JUANITA: Sin embargo, es de los pocos que han estado constantemente pendientes de mi enfermedad, nunca dejó de visitarme, quizá también por esa bota de vino.

JUAN CARLOS: Comprendo tu estimación.

JUANITA: ¿Quieres que comamos?

JUAN CARLOS: ¿Tenemos vermut?

JUANITA: No. Me olvidé de encargárselo a Mercedes, esta mañana.

JUAN CARLOS (*Llaman*): No te faltan visitas ahora. ¿Por qué no han venido estos años pasados?

JUANITA: Sé quien es.

JUAN CARLOS: Voy por una botella mientras, tú, lo atiendes al que sea.

JUANITA (*Llaman*): Es una amiguita que le enseñé costura. La conozco por la forma de golpear.

JUAN CARLOS: Le diré que suba. (*La besa en la*

frente). Vuelvo en seguida. (*Mutis corriendo*)
JUANITA: Para todo está dispuesto. Nada tiene por trabajo si de complacer a su prima se trata.

ESCENA IV

Juanita y Teresa.

TERESA (*Jovencita muy limpia, muy delicada y muy tímida*): ¡Juanita!... ¡Andá!... ¿Estás sin bastón?

JUANITA: Ya lo ves.

TERESA: Qué suerte, qué suerte, chica. Vengo a invitaros a... a ti y a Juan Carlos para ir el domingo a la jira..., a Peñaloza. ¿Vendrás?

JUANITA: No sé... no sé...

TERE: ¡Dime que sí... dime que sí..., ¿verdad que sí?... Vamos ocho amigas.

JUANITA: ¿Nada más?

TERE: Y... y algunos amigos... pero, todos queremos que venga Juan Carlos y... y tú también, ¿verdad?

JUANITA: No sé si me atreveré. Ya quisiera Tere, después de ocho años sin salir de esta habitación.

TERE: Te llevaremos en volandas cuando te canses. No tienes falta de andar nada nada. Viene aquí el carro a tu puerta y sin dar un paso...

JUANITA: No, eso sí que no. El carro debe estar donde todos habéis quedado convenidos. Venir a mi puerta sería como para llevar a una anciana o a un cadáver. Ya no estoy tan paralítica, ¿no me ves? (*Da unas vueltas, se marea y toma apoyo en una silla*)

TERE: ¡Juanita! (*La agarra*)

JUANITA: ¡Déjame! déjame..., es que las piernas, ¿sabes?, no están aún fuertes... He caminado 3.000 días entre estas paredes siempre en línea horizontal..., había perdido la noción de los gi-

- ros. No se lo digas a ninguna, ¿oyes?
- TERE: Por qué no practicas todos los días un poco como si bailases un vals.
- JUANITA: Lo haré...
- TERE: ¿Contamos contigo?
- JUANITA: Sí.
- TERE: Que no deje de venir Juan Carlos.
- JUANITA: Lo llevaré.
- TERE: Si vieras qué ganas tienen todas de hablar con él...
- JUANITA: Me lo figuro. Inquietud de mocitas sin novio. Sé lo que es eso.
- TERE: Además, chica que, ... es tan guapo.
- JUANITA: ¿Te gustaría tener uno así como él para novio?
- TERE: Me volvería loca. Te lo voy a decir en secreto.
- JUANITA: No, no... no me digas nada...
- TERE: ¿No quieres que te cuente mis cosas como te las contaba cuando venía por las tardes a la costura?
- JUANITA: Es que ahora y sobre... bueno, si tú quieres...
- TERE: ¿Crees tú, Juanita, que es pecado enamorarse de un hombre casado?
- JUANITA: No sé que decirte...
- TERE: Yo estoy enamorada de tu primo.
- JUANITA: ¡No! ¿Qué dices?
- TERE: Te lo juro.
- JUANITA: ¡Dios mío!... *(Se apoya en la silla)*
- TERE: ¿Te has mareado otra vez?
- JUANITA: Ahora es cosa de la cabeza... Me has dejado sorprendida con tu revelación.
- TERE: Perdóname...
- JUANITA: Juan Carlos está unido a ... quiero decirte, que tiene...
- TERE: Por eso te dije mi atrevimiento... Te lo he confesado a ti, solo a ti, porque sé que sabes com-

prender mejor que nadie esta situación.

JUANITA: ¿YO? Pobre de mí.

TERE: Juanita, tú has amado mucho, ¿verdad?

JUANITA: Demasiado.

TERE: ¿Y fuiste correspondida?

JUANITA: Brevemente, pero mucho.

TERE: Qué afortunada. Yo..., yo soy muy joven aún... pero..., no sé...; yo no sé si esto es o no amor..., tú me lo dirás... Cuando vi a tu primo con su... con su mujer el día que vinieron, me causó tal sorpresa y tal rabia que les dije a las amigas, riéndome: "Chicas, mirad, qué lástima de hombre, dónde fué a poner los ojos".

JUANITA: Todas lo dijimos.

TERE: Tú también, ¿verdad?

JUANITA: Si vieras...

TERE: Pareció un castigo. Desde ese momento no pude quitarlo de mi pensamiento. ¡El y ella! ¡Ella! ¡Ella y él!... ¡El primo de Juanita! ¡Qué joven!..., ¡qué vieja!... ¡Qué tonto!... ¡Qué lástima!... Así todo el día..., así toda la noche... ¿Seré tonta? Hasta me escondía cuando lo veía. Con las amigas no puedo ni mencionar su nombre, ni que hablen de él, porque me lleno de rubor... Me denuncia la cara... ¡Ah, Juanita, qué martirio!...

JUANITA: Mala enfermedad es esa.

TERE: Cuando pensamos en invitaros, aprovechando que está ella en...; vaya forastera... que no debe ser su... ya me entiendes, ¿verdad?... —me dije—. He de ir yo misma para enfrentarme con la realidad (*Pausa*). Llamé temiéndome todo... ¿Estará?... ¿No estará?... Si está y nota mi azoramiento... ¡Ay! chica... cuando me lo encontré en la puerta y nos dimos un choque así..., casi casi me desmayo. ¡Ay! qué vuelco me dió el corazón. Me tuve que agarrar, como tú, a esa silla... y después subí loca de alegría

las escaleras, diciéndome: ¡Lo vi! ¡Lo vi! —me dijo—. Perdón... Me he caído y todo, de tanto como he corrido... Ya... ya me has oído Juanita..., ¿qué me dices?

JUANITA: ¿Yo? No sé... no sé... Creo que sería acertado no ir a la romería.

TERE: ¡Juanita! ¿Cómo dices eso?

JUANITA: Sentiría que él te lo notase.

TERE: ¿Crees que no sabré reprimirme? ¿Conoce el hombre, en seguida, a la mujer que lo ama?

JUANITA: Cuando tenemos 16 ó 18 años somos igual que las peceras. Nuestro corazón es el pez dentro de un vidrio y, el hombre, que es buen pescador, ¿tú verás?

TERE: ¿Puedo hablarte con confianza?

JUANITA: Siempre has podido. Cuatro años has venido, día tras día, a coser y me conoces demasiado bien, claro, que me creo que aún eres la chiquilla que me contaba cosas de los niños; hoy tienes otras inquietudes pero... cuántamelas, si son para saberlas.

TERE: No se lo puedo preguntar a nadie más que a ti.

JUANITA: ¿Ni a tu madre tampoco?

TERE: Me lo diría de cualquier forma o me daría un azote, como si no hubiera tenido mis años... No sé por qué, a las hijas, hemos de advertirles del peligro y nunca de lo que se puede gozar sin maldad, que es lo que han hecho ellas, y tú...

JUANITA: Pero no le haces caso.

TERE: Si le haría no podía salir de casa. Quiero que me lo digas tú. ¿Qué se siente cuando, el hombre que amas te dá un beso, Juanita?

JUANITA: ¡Jesús!... ¡Vaya una pregunta! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

TERE: ¿Te ríes?... ¿No vale la pena saberlo?

JUANITA: ¿No lo ves en el cine? Todas las películas lo dicen bien claro.

TERE: La mímica sí, el sentimiento no, y yo me creo que pasa como con el comer y el beber.

JUANITA: ¡El sentimiento!... (*Mira vagamente como queriendo transportarse a una fecha que mantiene viva*). ¡El primer beso!... ¡Dichoso día! No sé si podré contártelo como él merecía... Figúrate que, las manos, tiemblan como juncos del río cuando el agua dulcemente los empuja hacia la orilla. Que el pecho crece..., crece de ansia porque el corazón te ahoga de tanto querer salir por la garganta, para no envidiar a los ojos, a los oídos y a las palabras. Ceden las piernas, se incendian las mejillas y la boca, hecha un clavel, explota al contacto de otro fuego que le viene a dar sustento. Todo es breve, loco... ciego... ¡Una eternidad, un soplo, que no marchita el dolor, que no lo destierra el tiempo. Esa es la sabia, el rubor que nace del primer beso.

TERE: ¡Ah! Qué importa lo que hayas pasado si tuviste una dicha tan grande.

JUANITA: El recuerdo alimenta al espíritu, pero es mínima parte en la existencia. Vivimos con el presente que es lo que diariamente nos sustenta. Juan Carlos viene.

TERE: ¡Ay, Dios mío! ¿Qué hago, Juanita? ¿Dónde me escondo?

JUANITA: ¿Por qué?... Quédate aquí y disimula lo que puedas.

TERE: Si pudiera...

ESCENA V

Dichos y Juan Carlos.

JUAN CARLOS (*Con la botella*): Aquí está. ¡Hola!

JUANITA: ¿La conoces?

JUAN CARLOS: Sí. Nos cruzamos en la puerta, casi casi la tiro a usted.

TERE: No fué para tanto...

JUANITA: Vino para invitarte a una romería.

JUAN CARLOS: ¿De veras? Con las ganas que yo tenía de conocerlas. Muchas gracias, señorita. ¿Cómo se llama usted?

TERE: Un nombre sencillito...

JUANITA: Mírala que avergonzada está. Llámala Tere, que es muy bonito.

JUAN CARLOS: Tere... Teresa. Muy español, me gusta.

JUANITA: ¿Quieres ir con ellas?

JUAN CARLOS: No puedo desairarla. ¿Viene mi prima?

TERE: Sí, señor... los dos.

JUAN CARLOS: No me digas señor... Llámame Juan Carlos.

TERE: Muchas gracias...

JUAN CARLOS: Vendrás conmigo, ¿verdad que sí? ¿Dónde es Tere?

TERE: En la Virgen del Buen Valle. Cerquita de aquí.

JUAN CARLOS (*Se le acerca*): ¿Cuántos kilómetros?

TERE: Cuatro o cinco.

JUAN CARLOS: ¿Por carretera?

TERE: Hasta la mitad vamos con carros, adornados con ramas y flores.

JUAN CARLOS: Sigue sigue...

TERE: En la explanada del robledal desenganchamos, y seguimos con los ganados.

JUAN CARLOS: ¿Montados?

TERE: De dos en dos... Nos metemos por el monte cerrado. (*Le pone Juan Carlos las manos en los hombros cariñosamente*). A... atravesamos a... arroyos, bosques de helechos, campos de "verozo" y y... por fin...

JUAN CARLOS: ¿Qué?

TERE: Llegamos a la Virgen.

JUAN CARLOS: ¿Para rezarle?

JUANITA: Y para pedirle dos cosas; de las dos con-

cede siempre una.

JUAN CARLOS: Yo sé lo que pedirás tú, Juanita. Que-
mar esa silla y ese bastón. ¿Y tú, Tere?

TERE: ¿Yo?... ¿yo?... Esta vez, no sé... no sé si
me atreveré... a... a pedirle nada...

JUAN CARLOS: ¡Vaya! (*Le pone la mano en la bar-
bita, jugando*). ¿Por qué?...

TERE: Porque mi pedido... no puede atenderlo, no
puedo atenderlo... (*Cae de rodillas, desvanecién-
dose*)

LOS DOS: ¡Tere! ¡Tere!!

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

El escenario representa una plazoleta en plena sierra. Es el día de la Romería. El frente del escenario simula una pared en el centro de la cual hay una fuente con tres caños. Encima de ella una imagen de la Virgen. Costado derecho e izquierdo de la fuente asientos de piedra. Lateral derecho del actor, tapia baja y asientos sobre la misma. Unas escaleritas sobre el terreno elevado que facilitan la entrada a la fuente. Asientos de piedra y, en lejanía, montañas. Izquierda, la misma bajada. Todo el contorno bordeado de ramajes, de árboles y arbustos.

ESCENA I

Martín y Remedios, Juanita y Juan Carlos (sentados todos).

JUANITA (*Vestida de colores alegres, entusiasta y como si le hubieran sacado diez años de encima*):
Aprovechando que aún duermen, ¿qué os parece si decimos las improvisaciones?

MARTÍN: ¡Bah!... Déjalas pa' el año que viene...

REMEDIOS: Este siempre dando largas pa' tó...

JUANITA: Llevas razón, mujer...

JUAN CARLOS: ¿Le has oído, Martín? “Largas para todo”...

MARTÍN: No, si yo ya sé por donde va esta... ¡Huy si lo sé!... Esta se piensa que no hay más que ¡cataplúm!...

REMEDIOS: ¡Cataplúm! ¿Qué?... ¿Dilo?...

MARTÍN: ¡Na!... ¿Pa' qué? No he dicho na... Que todo hay que pensalo, mujer...

REMEDIOS: ¿Pensalo?... ¿A eso hemos subido hasta la Virgen? Quien sabe lo que le habrás dicho tú, ¿eh? ¡cuando dices eso!...

MARTÍN: ¡Lo que he querido!...

REMEDIOS: ¿Sí, eh?... Con que ¿esas tenemos?... Secretitos, ¿eh?...

MARTÍN: No lo son cuando se lo he dicho a Ella...

REMEDIOS: Así que te has guardao alguna petición... ¿y no la puedo yo saber?

MARTÍN: Pues...

JUAN CARLOS: ¿Nos retiramos?...

MARTÍN: No... ¿pa' qué?... ¡Bah!...

REMEDIOS: ¿Irse?... Lo tiene que decir aquí mismo, si es hombre...

JUANITA: Es un secreto, Remedios...

MARTÍN: Na de secreto... Bueno... pues, resulta que... como tienes dos hermanas casadas ya van pa' seis años y, entavía no... no hay ni noticias de na... y, me parece a mí que ya no las hai' de haber...

REMEDIOS: Ya sé lo que le has preguntao... si voy a valer o no, ¿no es eso?

MARTÍN: Eso mismo.

JUAN CARLOS: ¡Muy prevenido, Martín! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja!

REMEDIOS: ¡Mirarlo qué cara de bobo tiene!... De pura vergüenza que está pasando el pobre... Este se cree que no hay más que... Eso quisieras tú, a lo mejor... probar ¿eh? Te crees que yo soy como los melones ¿o qué? ¡pedazo de animal!...

Ustedes perdonen... pero es que... le daba...
Eso han hecho tó los tuyos... y eso te dirá a lo
mejor tu hermana que... mojes... ¡Estás fresco,
majo!...

JUAN CARLOS y JUANITA: ¡Basta... basta!... ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja!

MARTÍN: Yo no quiero na sin corresponder lo que
sea menester pero, si me caso contigo es pa' tener
familia, ¡na más!, ya está to dicho.

REMEDIOS: No digas burradas que vas a poner colo-
rada hasta esa Virgen. Si te remuerde la concen-
cia de haber empezao conmigo te clavás, ¿has
oído? ¡Te clavás! Y te aguantarás pa' lo que dis-
ponga Dios, na más...

JUANITA: Bueno, bastante. Que lo hablado quede en
pie y digamos nuestras improvisaciones.

REMEDIOS: Malas van a salir este año, Juanita...
Con este disgusto...

MARTÍN: Serán las tuyas...

JUAN CARLOS: Bien dicho. Yo quiero que sea Martín
el primero para conocerlas.

MARTÍN: Sería torcer lo de siempre. Primero ellas.

JUANITA: Llevas razón. Nosotras empezamos. De-
jarme a mí... *(Se levanta y se acerca a la Virgen
poniéndose de perfil al público)*

Sonaba con verte desde mi tormento
sonaba tenerte delante mis ojos,
pedía Dichosa, gozar el momento
de ver tu morada postrada de hinojos.

JUAN CARLOS *(Se le acerca)*:

Ya vino, con el centelleo
de un alma radiante de felicidad
Ya está aquí delante, según su deseo
para agradecerte tanta bondad.

JUANITA: Para que me des salud y bonanza...

JUAN CARLOS: Dale un gran consuelo

JUANITA: Que tenga mi alma
del luto corrido su velo

JUAN CARLOS: Que un amor radiante
le traiga esperanza.

MARTÍN (*Se levanta y dice a la par*):

Que las viñas crezcan
y granen los trigos...
Que el fisco se olvide
de lo que tenemos
de lo que cogemos...
y, de si existimos...

REMEDIOS (*Idem*):

Que tenga diez hijos
a los cuatro años
de que esté casada
con este... "cenizo".

JUANITA y CARLOS: ¡¡¡ Vaya una cosecha!!!

JUAN CARLOS: Para que te quejes...

¡menudo rebaño!

MARTÍN: ¿Que me encargas diez?

Por mí... ¡tan campante!

que no es buena mies

aquella que tiras

y no va palante... (*Ríen todos. Se oye
griterío lejano*)

JUAN CARLOS: El señor Goyo haciendo de las suyas,
metido entre mozos.

JUANITA: No lo debías haber subido.

JUAN CARLOS: Tenía tantas ganas... Me dijo que
hacía quince años que no veía a la Virgen.

MARTÍN: Vamos allá que hay juerga.

REMEDIOS: Este con tal de reirse va a la Luna.

MARTÍN: Si tú me acompañas que, como ella es mu-
jer... ¿quién sabe sus mañas? (*Se van de la ma-
no*)

JUANITA: En medio de todo, se quieren. Yo creo que
serán felices.

JUAN CARLOS: ¡Quién sabe!...

JUANITA: ¿Hablas por experiencia?

JUAN CARLOS: ¡Juanita!

JUANITA: Cuando menciono a los que por novios se aman, siempre los sueño llenos de ilusión. Ya sé que no es cierto en todos los casos, pero, ¿qué quieres? Yo no puedo figurármelos de otra manera. Será porque no he conocido otro móvil que el amor en aquellos meses de noviazgo... Me creo que, como yo, todos pueden vivir y reír y gozar y, en último caso, hasta sufrir queriendo, que es un hermoso existir.

JUAN CARLOS: Eres encantadora. (*Le agarra las manos*)

JUANITA: ¡Cuidado! Si nos ven... ¿qué dirían?

JUAN CARLOS: Nunca podemos estar solos cuando salimos de casa. Juanita... ¡Te queman las manos!... Llevan fuego tus venas...

JUANITA: ¡Déjame!... ¡Déjame!... Sabes demasiado...

JUAN CARLOS: Corazón... corazón...

JUANITA: ¿Quién te manda querer? (*Aparte*)
ayer sufrías sin amar...
hoy por él mueres de sed...

No me has dicho tus peticiones. ¿Puedo saberlas, Juan Carlos?

JUAN CARLOS: Para ti no tengo secretos.

JUANITA: Entonces...

JUAN CARLOS: Tendríamos que hacer un trueque, ¿vale?

JUANITA: ¡Vale!

JUAN CARLOS: Se piden dos cosas... concede una, ¿no es eso? Yo... yo le pedí... le pedí... Verás lo que le pedí. Que te dé mucha salud y que no aparte de mi pensamiento esa pasión que, desde que llegué a tu tierra siento.

JUANITA: ¿Y la otra?

JUAN CARLOS: Que no torne mi pensar y te vea siempre contenta sin el azote del mal.

JUANITA: Por lo que oigo son dos en una.

JUAN CARLOS: Para no tener dudas cuál de ellas concedería. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

JUANITA: Eres un sinvergüenza...

JUAN CARLOS: ¿Las tuyas?

JUANITA: Que me aparte del pensamiento lo que sin buscarlo ni desearlo siento.

JUAN CARLOS: ¡Vaya!... ¿Y la que sigue?...

JUANITA: Que tus palabras, si son fingidas, me conceda la gracia de descubrirlas.

JUAN CARLOS: Astucia es. (*Guardan silencio*). Hemos quedado preocupados, ¿verdad?

JUANITA: Parece que sí. (*Ríen a carcajadas*). ¿Quieres conocer la tienda de las medallas?

JUAN CARLOS: ¿La tienda? ¿Comercian aquí también?...

JUANITA: ¡¡Chiss!!! Le has hablado a la Virgen. No la traiciones tan pronto.

JUAN CARLOS: Ya me vas conociendo. Parece que te está dando un poco de gracia la petición...

JUANITA (*Mientras avanzan*): Mucho cuidado desde ahora.

JUAN CARLOS: Contigo no es preciso... (*Mutis derecha*)

ESCENA II

Goyo y Don Pascual.

GOYO (*Por la izquierda*): Menos mal que venimos un poco tarde, que si no ¿he?... ¿Los ve usted? ¿eh?...

DON PASCUAL: No me hace falta verlos...

GOYO: ¿Ha visto usted cómo yo no mentía?...

DON PASCUAL: Y a mí... ¿qué? Hombre de Dios...

es usted lo mismo que las cotorras y que los simios...

GOYO: Que me está usted "caluniando" ¡porra! con tantas comparanzas.

DON PASCUAL: ¿Qué me importará a mí lo que hayan venido a hacer fulanito y menganita a la romería para que me lleve usted de aquí para allá... Que si los chicos juegan con las chicas; que si fulana y mengana están fumando... que si los labios... que si los muslos con los pantalones ceñidos... ¡Hombre... hombre!...

GOYO: Que ¿qué le importa? Vaya si le importará. Si lleva usted en cuenta como yo, los resultados de las romerías ya me lo dirá de aquí a unos meses. Fíjese usted bien qué día es hoy y cuente, cuente las bodas que van a venir y corra, corra buscando nombres en el santoral pa' los cristianos que vienen arrempujando...

DON PASCUAL: ¡Bah... bah... bah... Viejo mal pensado!

GOYO: Pero hombre... Don Pascual... ¿Se acuerda de la hija de...

DON PASCUAL: No me acuerdo de nada... no le escucho nada. ¿Vé usted esa fuente?

GOYO: Sí, señor...

DON PASCUAL: Hace diez siglos que todos los años vienen a verla, y ella ni crece ni mengua, siempre es la misma, como la Madre de Dios que la sustenta. Milagroso es que salga agua del mismo picacho de la sierra donde estamos, ¿no le parece a usted? ¿De dónde nace el agua si ya no hay más montaña ahí arriba? Al que la bebe con fe le deja la lengua limpia y la conciencia se le descarga. Acérquese usted un poco que buena falta le hace..., acérquese.

GOYO: ¿Yo? Yo he venido a pasar un día de comilona y chupandina. Eso es pa' las beatas, don Pas-

cual, pa' beatas que se asustan de todo, no pa' mí...

DON PASCUAL: El día que usted me llame apurado —que no se pasarán muchos años— puede que se arrepienta de no hacerme caso.

GOYO: ¿Yo? Me parece que no. ¿Cree usted que tengo miedo ir al infierno? Yo, no sé cómo estaría en el cielo, caso de que me admitirían... pero, ¿sabe usted lo que vale ir a donde están toos los amigos de uno?

DON PASCUAL: Cuide esa lengua, ¡ateo!

GOYO: El cielo será más bonito, más dulce, pero más aburrido... ¿no le parece? La alegría está en el otro lao.

DON PASCUAL: Y las llamas..., y el fuego eterno. Ya me dirá usted lo que se ha de reír allí. Ya me llamarás... ya me llamarás...

GOYO: Cuando yo lo llame, ¿quién sabe si vendrá usted?... Pa' lo que va a sacar de este desgraciao...

DON PASCUAL: Calle, calle usted y no insulte. Pero qué lengua, Dios mío... Beba..., beba señor Goyo, que le hará bien... que tiene la lengua muy sucia...

GOYO: En tal caso, bebamos los dos. ¿Me acompaña?

DON PASCUAL: ¿Por qué no? Todos necesitamos...

GOYO: ¿Ha visto usted?... Si lo digo yo...

DON PASCUAL: Vamos, que quién sabe si no hará un prodigio este agua.

VOZ: ¡Señor Goyo!... ¡Señor Goyo!...

GOYO: Ya no bebo, desde que supe aquello del Diluvio le tenga antipatía.

ESCENA III

Dichos y Teresa.

TERESA (*Aparece corriendo por la izquierda*): Señor Goyo...

GOYO: ¿Qué te pasa mujer?

TERE: ¿Iba usted a beber agua bendita de la fuente?

GOYO: ¿Yo?... ¡Quiá! Es que... que se me ha metido un tábano en el ojo... y... y quería ahogarlo. ¿Qué quieres, maja?

TERE: Perdone usted, Don Pascual... no lo había visto...

DON PASCUAL: Ya me di cuenta...

TERE: ¿Quiere usted subir también, Don Pascual?

DON PASCUAL: ¿A qué?

TERE: A jugar a las bodas. Así ve cómo nos casa este año el señor Goyo.

DON PASCUAL: ¿Este? A la buena de Dios... Ahí que te va...

GOYO: Qué más da... Si lo que quieren estos es estar juntos. ¿Usted se piensa que hay alguna novia que quiera casarse pa' cumplir con el sacramento?

DON PASCUAL: ¡Válgame el Señor!...

GOYO: Con eso pasa como con el orujo. Uno lo que quiere "vendemar" es por el vino... Además, que a estos les voy a decir unas cosas muy, pero muy sabrosas. Suba, suba usted que se ha de reír...

TERE: Señor Goyo...

DON PASCUAL: Si les gusta a todos, ya lo sé. A ellos, por ser ellos ríen a boca abierta, ¡jo! ¡jo! ¡jo!... y, a estas, como que no quieren, pero abriendo bien oídos y ojos. Después vienen al confesonario y nadie les arranca más que monosílabos... sí, sí... ¿yo?... no, no...; sí, no, no, sí...

TERE: ¡Lo esperamos señor Goyo! (*Mutis corriendo*)

GOYO: Voy, voy, muchacha. A mí deme usted la gente joven pa' tó. Pa' trabajar..., pa' alegrar..., pa' olvidar... y pa' tó... Voy con ellos. Usted, si no sube es por vergüenza... (*Mutis, se detiene*)

DON PASCUAL: Calle, calle usted, Satanás...

GOYO (*Se vuelve*): Beba, beba usted que sale muy cristalina. Yo voy a beber tinto en una bota llena

de pez y sebo... pero que tiene la sangre de Cristo, y yo, ya sabe usted mi devoción...

DON PASCUAL: ¡Demonio! ¡Demonio infernal! (*Mutis de Goyo*). En fin... ¿qué hemos de hacerle?

No habrá sido siempre así en los mil años de existencia que tienes? Te llaman la fuente santa porque curabas las malas palabras y refrescabas los pensamientos atrevidos, luego entonces siempre los ha habido... que, el mundo, siempre ha sido mundo. (*Ve a Juan Carlos*). ¿No se queda usted en el juego?

ESCENA IV

Don Pascual y Juan Carlos.

JUAN CARLOS: No señor. Aquello es para solteros y solteras.

DON PASCUAL: Y para viudos y viudas.

JUAN CARLOS: Por eso se ha quedado Juanita, es decir, le han obligado a formar círculo.

DON PASCUAL: Mucho es que con usted no se hayan metido, porque en días así son de temer.

JUAN CARLOS: Yo soy de otra cofradía.

DON PASCUAL: Claro... ya... ya... Lástima que se pierda esta fiesta su... su señora. Le hubiera gustado.

JUAN CARLOS: Viene pasado mañana.

DON PASCUAL: ¿Sí?... ¿Cuánto habrá visto en Madrid, eh?

JUAN CARLOS: Mucho...

DON PASCUAL: ¿Van a seguir mucho tiempo en el pueblo?

JUAN CARLOS: Depende... depende...

DON PASCUAL: Claro... claro... Ha de sentir mucho, Juanita la ida de ustedes, sobre todo de usted, que tanto se ha ocupado de ella.

JUAN CARLOS: He procurado alegrarla y rejuvenecerla, que buena falta tenía.

DON PASCUAL: Verdaderamente... la pobre, siem-

pre sola..., llena de recuerdos...

JUAN CARLOS: La estaban aniquilando entre todos.

DON PASCUAL: No.

JUAN CARLOS: Sí, señor... entre todos. Mejor que no hablemos, ¿a qué hora regresamos?

DON PASCUAL: A las seis y media. ¿Se aburre usted?

JUAN CARLOS: Yo no, y ¿usted?

DON PASCUAL: Mi vida siempre es igual. Ni emociones ni desengaños...

JUAN CARLOS: Claro...

DON PASCUAL: Usted será amigo de la soledad; ¿no le gustan las miradas de los vecinos, verdad?

JUAN CARLOS: Lo mismo que a usted.

DON PASCUAL: ¿Lo mismo que a mí?... ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja!

JUAN CARLOS: ¡No se ría usted así!

DON PASCUAL: Qué violento se ha puesto, Don Juan Carlos.

JUAN CARLOS: ¡Venga aquí! (*Le agarra de la mano y lo lleva a la fuerza cerca de la fuente*). Este lugar es sagrado, verdad?

DON PASCUAL: Sí, señor.

JUAN CARLOS: De lo que yo le diga me ha de jurar por ese símbolo...

DON PASCUAL: ¡Imagen! ¡Imagen, señor!

JUAN CARLOS: ¡Sí! por esa imagen, que a nadie dirá usted nada de lo que yo le diga ahora.

DON PASCUAL: ¿Dirá usted, verdad?

JUAN CARLOS: La diré.

DON PASCUAL (*Aparte*): Dios mío... Dios mío...

JUAN CARLOS (*Después de haber mirado si alguien venía*): No soy casado. Dios es testigo de que nada me une sobre casamiento. Mañana, a las siete de la tarde... vendrá usted... a casa de... de Juanita con todos los elementos para hacer un casamiento. No hacen falta testigos... no hace

falta que esto se lo diga a nadie... no quiero saber si se puede o no... Tiene que estar allí.

DON PASCUAL: Usted está loco...

JUAN CARLOS: He dicho a las siete de la tarde y, sin comentarios.

VOZ DE TERE: ¡JUAN CARLOS! ¡JUAN CARLOS!

ESCENA V

Dichos y Tere.

TERE: ¡Juan Carlos! ¡Juan Carlos! *(Se arrodilla el cura)*

JUAN CARLOS: ¿Qué quieres Tere?

TERE: ¿Sabes que... que me han echado a ti por novio y...

JUAN CARLOS: Y venías a buscarme para...

TERE: Sí... si tú quieres... ¿no puedes venir?...

JUAN CARLOS: Mi novia... *(La agarra de los hombros)*. Tan joven... tan preciosa... tan alegre...
¡Mi novia!

DON PASCUAL: Señora... Madre de Dios...

TERE: ¿Vas a venir?

JUAN CARLOS: Sí, pero quiero que me mires a la cara. Así, así... *(Aparece Juanita por la izquierda y se detiene al verlos. Por la derecha bajan Don Goyo y Remedios que también se detienen)*. Mi novia bonita... bonita... muy bonita. *(La besa. Al verlos se va dejando caer desmayada, poco a poco, Juanita. Como si la impresión de la vista no la pudieran soportar las piernas)*

GOYO: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Eso se llama saber buscarlos a medida...

(El beso continúa. Tere no ha visto a ninguno. Don Pascual los ve y vuelve rápido la cara a la Virgen. Juanita desde el suelo los sigue mirando y cierra el telón las carcajadas de Goyo,

que mira a todos admirándose de cómo él presiente las cosas).

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. Sentada en un diván, Juanita. Se está desperezando como si saliese de un largo sueño. A su lado Juan Carlos que la acaricia. Demuestra este personaje, a partir de este momento, mala intención, picardía y falsa ilusión en unas caricias ficticias).

ESCENA I

Juan Carlos y Juanita.

JUANITA: ¿Dices que ya se fué Don Pascual, querido?...

JUAN CARLOS: Sí... ya se fué...

JUANITA: ¿Lo he visto yo, Juan Carlos?

JUAN CARLOS: Pues claro... Tú y yo..., los dos...

JUANITA: ¿Dónde estamos, amor mío?...

JUAN CARLOS: De luna de miel...

JUANITA: De luna de miel...

JUANITA: De luna de miel... ¿Para dónde partiremos?...

JUAN CARLOS: Mallorca... La Costa Brava... Montecarlo... Donde tú quieras, vida mía... Donde más te guste.

JUANITA: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!; qué encantador... Parece un sueño... ¿nos divertiremos mucho?

JUAN CARLOS: ¡Figúrate!... Recién casados... ¿quién no se divierte?

JUANITA: ¿No me mientes?... Claro... si, si, estamos recién casados...; no... yo no... tú tampoco... ¿sabes por qué lo digo?...

JUAN CARLOS: ¡No quiero saberlo! No me hace falta que lo digas.

JUANITA: Yo estuve casada... ¿Te importará?...

JUAN CARLOS: ¿Quieres callarte?...

JUANITA: Bueno...

JUAN CARLOS: Si me importaría no habría dado este paso.

JUANITA: Llevas razón.

JUAN CARLOS: Olvida todo y piensa en el futuro...

JUANITA: El futuro... el futuro... ¿Cuál es el futuro más próximo? ¿Cuál es..., cuál es?

JUAN CARLOS: El... el viaje...

JUANITA: No... antes del viaje hay algo... ¿qué es?... ¿qué es?...

JUAN CARLOS: Pues no sé...

JUANITA: Una noche por medio... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

JUAN CARLOS: Desde luego. ¿Quieres otra copita de coñac?

JUANITA: Prefiero el benedictino.

JUAN CARLOS: En ese caso beberemos los dos. (*Sirve de unas botellas que tienen en la mesa del centro*).

JUANITA: No puedo creerlo, Juan Carlos, no puedo creer lo que ha ocurrido. Es demasiada felicidad... Tengo un poco de miedo. (*Se pasa las manos por los ojos*) ¿Casados?... Tú y yo casados... Mi primo Juan Carlos y Juanita... Primos y... ¿sabes que es de novela? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

JUAN CARLOS: Te divierte mucho.

JUANITA: ¡Figúrate! Oye..., ¿sabes que no hemos hablado nada de nuestra vida en común?

JUAN CARLOS: Ni hace falta.

JUANITA: Ha sido todo tan precipitado... Lo has atropellado todo en un día... estoy desconcertada... no consigo entender... Te... te quedarás aquí, ¿verdad?...

JUAN CARLOS: Clarito que sí. ¿Dónde mejor?... Tú y yo, yo y tú, siempre juntitos... siempre bajo este mismo techo. Siempre contemplando estos horizontes desde este soberbio mirador. Siempre

acechantes para que nadie jamás nos critique. Paseando por tu senderos preferidos, metiéndonos entre los robles de la dehesa; cogiendo violetas y margaritas por los ribazos o trillando mieses los dos juntos...

JUANITA: ¡Ah! Y... y teniendo hijos, muchos hijos. ¡Muchos! Tengo deseos de ser como las demás. Quiero ser madre, Juan Carlos. No quiero atormentarme más viendo cómo todas las de mi tiempo tienen familia y yo soy la única estéril. ¿Crees tú que podré ser madre, Juan Carlos?

JUAN CARLOS: Todo se intentará... *(Se le nota impaciencia)*

JUANITA: Estás nervioso... ¿qué te pasa?

JUAN CARLOS: Nada... nada... ¿Me vas a permitir que te deje unos minutos?

JUANITA: ¿Ya empiezas a abandonarme?

JUAN CARLOS: Sólo diez minutitos... Vengo en seguida... Mira, te cierro la puerta para que no suba nadie.

JUANITA: ¿Cerrar? En nuestro pueblo no hay cerraduras. ¿No ves cómo todos suben hasta aquí sin llamar? Escucha..., ya viene alguien...

JUAN CARLOS: ¡Malditos sean!... Cuando necesitabas ayuda nadie venía a dártela... ahora vienen por curiosear...

JUANITA: Es mejor que vengan. Es porque nos quieren...

VOZ DE GOYO: ¡Hasta arriba, muchachos!...

JUAN CARLOS: ¡Adiós! ¡Vuelvo en seguida! *(La besa)*. Cuidado lo que le dices... *(Inicia el mutis)*.

ESCENA II

Dichos, Goyo y Tere.

GOYO: ¡Hombre! ¿Ya se iba usted?

JUAN CARLOS: Por breve tiempo. Entra Tere, no te quedés ahí. Permiso. (*Mutis*)

GOYO: ¿Ves tú, muchacha? Por esto no me gustan las gentes de América. Siempre van así... Siempre corriendo... Siempre atropellando... Allá ellos...

TERE: Buenas tardes, Juanita.

JUANITA: ¡Hola!

GOYO: Muchas bebidas, ¿eh? Vaya vaya... Esta casa ya no es lo que era...

JUANITA: ¿Quiere usted una copa?

GOYO: Yo me serviré... ¿Se celebra algo, o qué?

JUANITA: Sí... Mi boda...

LOS DOS: ¿¿¿QUE???

GOYO: Hombre, me alegro verte bromista. Ya era hora...

TERE: Qué sería lo que has dicho...

JUANITA: Cómo tengo que decirlo. Parece un sueño pero es verdad. Nos hemos casado.

GOYO: Trae.. trae aquí esa botella... (*Se la lleva a un rincón*)

TERE: ¡Juanita!... ¿Es verdad?

JUANITA: Pues claro... ¿No ves qué contenta estoy?... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

GOYO: Y ¿con quién, si se puede saber?

JUANITA: ¿No lo han visto salir?

TERE (*Aparte*): ¡Dios mío!

GOYO: Lo que hace el "alcol", señores. (*Frases dichas aparte*)

TERE (*Aparte*): Para qué habré venido.

JUANITA: ¿A qué se debe esta visita de los dos?

GOYO: Ya sabes como es ésta. A la pobre, la están trayendo y llevando con un rumor que...

JUANITA: Tú dirás...

TERE: No, que lo diga el señor Goyo.

GOYO: ¿Tú viste al primo cuando estaba con ésta en la fuente?

JUANITA: Lo vi.

TERE: ¿Me besó?...

JUANITA: No... no sé... Yo no vi nada...

TERE: Los mozos dicen que me dormí en sus brazos... y que al verme tú así, te desmayaste —según dicen ellos— de... de celos... mira qué tonterías...

JUANITA: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Verdaderamente que son tonterías.

GOYO: A eso veníamos: a decirlo... lo que se pueda decir, pa' que a ésta no le hagan mala campaña... Lo que fué, fué, y na más; pero, esta pobre sobrina no tié que pagarlo...

JUANITA: No te preocupes. ¿No ves que yo no hago caso a nada?

GOYO: Eso digo yo. (*Bebe*)

TERE: Juanita... Te lo voy a decir a ti sola... ¡Me besó! ¡Me besó!... me besó... tu primo... me besó. ¿Te acuerdas cuando yo te dije qué se sentía? Ya lo sé... ya lo sé... me besó...

JUANITA: ¡¡¡Chiss!!! ¡Calla! ¡Calla, Tere... calla! Es mi marido... mi marido. ¿Has oído? El que te besó es mi marido.

GOYO: ¡Y dale!

TERE: ¿No me mientes?

JUANITA: Soy su mujer... su mujer. Así que, ya puedes olvidarlo para siempre, ¿oyes? para siempre.

GOYO (*Aparte*): Se ha emborrachado... Se le ha ido la mano... (*Mira la botella*)

TERE: No puede ser... no puede ser, Juanita... ¡Dime la verdad! ¡Dímela!

GOYO: ¿No se habrá vuelto loca como su abuela?...

JUANITA: Juan Carlos es mi marido. ¡Mío!... ¿me oyes? Sólo para mí... nada más que para mí.

GOYO: ¡Que aproveche!... (*Bebe*). (*A ella*): ¿Se puede saber dónde váis a dormir?

JUANITA: Aquí. En mi casa. Ya está todo preparado.

GOYO: Si os dejan... Verás en cuanto se lo diga yo a los mozos...

JUANITA: ¡No! Hay que callarlo... Juan Carlos lo ha prohibido...

TERE: ¿Callarlo? ¿Desde cuándo se callan las bodas, aunque sean de segundas... como esta, si es que lo es?

GOYO: Menuda cencerrada os prepararía yo... Hasta que venga el día...

JUANITA: ¿Toda la noche?... Que no vamos a dormir, señor Goyo.

GOYO: ¿Dormir?... ¿Crees tú que duermen los recién casados?...

JUANITA: Es verdad... es verdad... ¡Ah... qué dolor de cabeza!...

GOYO: Esta mujer no está bien... Debías ir a llamar al médico, Tere.

TERE: ¿Quieres que te acueste?...

JUANITA: ¿Acostarme a mí?... ¿Por qué?... ¿A ver si te crees que estoy enferma? ¿Quieres verme bailar? ¿Te dá rabia? ¡Fastídiate! Mira, mira...
(*Da dos vueltas como tarareando un vals*). ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja!

GOYO: Se ha vuelto loca... loca...

JUANITA: ¿Es que no te das cuenta aún que yo también lo amaba? No seas tan ingenua, Tere... Yo también lo amaba y lo amo..., lo amo...

TERE: Mire usted lo que dice, señor Goyo...

GOYO: La oigo, la oigo... No hagas caso, muchacha.

JUANITA: Estaba yo más cerca que tú de él y fué mío. ¡Mío! Ya no me ha de cantar usted más coplas, señor Goyo. La viudita se ha casado. Se ha casado y esta vez no se me morirá y, si se muere, moriremos los dos, los dos.

GOYO: Calla, calla. Tere, vete a llamar al médico.

TERE: ¿No habrá ido Juan Carlos?

JUANITA: Juan Carlos fué a...

GOYO: ¿No irás a decir por los testigos? A ver a

ver, échame un poco de aliento. (*Lo hace*). ¡Apesta!... ¡Apesta!... Llévala Tere y que la duerma cuanto antes.

JUANITA: ¿Dudas tú también, Tere?

TERE: ¿Es que no está casado? ¿No me decías tú misma que...

JUANITA: ¡Mentira!... Todo mentira. Tenía que desilusionarte.

TERE: Entonces, sabías que...

JUANITA: Todo. Pregúntaselo al cura.

GOYO: A por él voy ahora mismo, aunque me llamen entrometido para toda mi vida. Esto es serio... esto es serio...

JUANITA: Señor Goyo... señor Goyo... No vaya usted, me quiere demasiado. Sería capaz de matar al que se meta en sus cosas.

GOYO: Pues ya puede ir buscando la escopeta para este pájaro. Yo traigo a Don Pascual por estas... por estas...

JUANITA: Salga usted de aquí ahora mismo... ¡Fuera! ¡Fuera! (*Mutis*). ¡Señor Goyo!... ¡Señor Goyo!...

TERE: No volverá... Ven, ven conmigo...

JUANITA: ¿Tú también? ¿Tú también quieres mortificarme? En vez de alegraros de verme casada, parece que os hiriera mi suerte. Os habéis hecho la ilusión de verme tendida purgando mi mal —como decían algunos— o apoyada en mi bastón, sin conocer la voz del hombre que me dijera cariñosamente: “Juanita, ven a mis brazos, que eres aún joven, que tienes la carne fresca”. Que la tengo, ¿oyes?, que la tengo... ¡mírala!... ¡Mírala!... (*Se desgarrá el vestido en el pecho*). ¿La ves?... ¿La ves? Blanca, tersa, llena de vida y apretada como las bolas de nieve cuando salen de las manos de los mozos. Queríais verme hecha un guiñapo, cuajada de dolores y remedando a una ochentona, pero os habéis equivocado todos. ¡Todos!

¡Todos! ¿No ves mis ojos qué alegres están? Mírame los labios: rojos, ¡rojos! como los capullos del rosal, que pelean sus pétalos por ver cuál de ellos recibe antes la caricia del sol. Tengo la boca llena de fuego y de sed. Tengo una sed enorme de besar y de ser besada... en la boca, en el cuello... en el pelo, en la espalda...

TERE: ¡Juanita!... ¡Basta... basta!... Por favor... ¡basta!

JUANITA: ¡Lo quiero! Lo quiero, lo quiero... Oyéme bien: lo quiero como lo puedas querer tú. No, mucho más, muchísimo más, porque este ansia que guardo desde hace diez años está por romper el dique que la contiene para desbordarse por todo mi ser. Tú eres el arroyo, la fuentecilla noble, pero incipiente. Yo soy el torrente, el aluvión, el maremoto que nadie puede contener.

TERE: Cuando venga su mujer...

JUANITA: ¿Su mujer? ¿Su mujer?... Mañana... ¿Has oído? Viene mañana, pero ya será tarde. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... será tarde... ¿No te figuras por qué?... Mañana será tarde... Cuando venga se tendrá que ir...

TERE: Te maldecirá toda su vida... Te maldecirá...
(Llora)

JUANITA: ¡Tere!... ¿Lloras? ¿Estás llorando?... Tere... (Se pasa la mano por la cara como quitándose un velo que la inutilizaba). Me... ¿me quieres traer agua?

TERE: ¿Te mareas?...

JUANITA: Agua... traeme agua... Ella... viene... ella... sí... (Bebe). Gracias Tere... gracias... ¿Dónde está, Juan Carlos?

TERE: Ha salido a por...

JUANITA (Se tira a ella llorando): Tere... Tere..., no me dejes sola.

ESCENA III

Dichos y Juan Carlos.

JUAN CARLOS: ¿Todavía aquí? ¿Qué pasa?

JUANITA: Nada... ya nada...

TERE: No se encontraba bien...

JUAN CARLOS: Se le pasará enseguida. (*A Juanita*):

¿Le has contado algo?

JUANITA: Nada...

TERE: Parece que molesto. Buenas tardes.

JUANITA: Gracias, Tere. Perdóname. (*Va a la mesita y agarra una cajita*)

JUAN CARLOS: Mareada... mareada... Qué poco vales aún...

JUANITA: Sí. Muy poco, ya veo que tratas de fortalecerme.

JUAN CARLOS (*Ríe al ver la caja*): ¿Sabes qué es?

JUANITA: Sí. He leído mucho estos años..., lo sé.

JUAN CARLOS: Traviesilla... traviesilla...

JUANITA: ¡Juan Carlos! ¿Qué has hecho?

JUAN CARLOS: Este es el mejor producto químico que te puedo dar. (*Le da un beso*).

ESCENA IV

Dichos, señor Goyo y Don Pascual.

GOYO: Ahí tiene usted a los recién casados...

LOS DOS: ¡¡OH!!

JUAN CARLOS: ¿Quién les mandó a ustedes entrar aquí?

GOYO: Qué se yo, muchacho... qué se yo...

DON PASCUAL: Peor que los suecos... mucho peor...
(*Le besa por despecho*)

GOYO: Quédese... quédese usted, que yo voy a ver si organizo bien la cencerrada, porque esto, sea o no sea, debe ser ¡bien sonao!

TELON DEL PRIMER CUADRO

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA I

Don Pascual y Juanita.

DON PASCUAL (*Consolando a Juanita*): Todo es aguantable en esta vida, hija mía. Lo que me extraña es que, siendo lo lista que eres, no te dieras cuenta de que planeaba tan cínicamente el robo y el ultraje... Que no lograras ver que, esa Gladis, había venido y desaparecido solo para dejarle libre movimiento...

JUANITA: ¡Calle! Calle usted, por favor... calle usted. (*Llora*)

DON PASCUAL: Todo desvalijado, todo mancillado... Mira, aunque no quieras yo voy a llamar a la Guardia Civil.

JUANITA: No... No... No se lo permito... son cosas mías...

DON PASCUAL: Y quería jugar hasta con mi nombre y mi dignidad...

JUANITA: Que nadie sepa nada de todo esto... Que sea yo sola la víctima... así será más grande mi gozo y mi desventura.

DON PASCUAL: En aquel momento de la Fuente Santa, cuando me agarró de la muñeca y me miró fijo, exigiéndome lo que yo no podía hacerle, vi que era un asaltador perverso, refinado... Hubiera querido decírtelo a solas... Estabas muy ciega. Nada hay peor para tapar los ojos del cuerpo y del alma que la pasión de la carne. Bien coronó su plan jugando contigo...

JUANITA: ¡Ah! Señor... Señor... que esto es más

fuerte que el cuerpo que me has dado... (*Llora*)
DON PASCUAL: Calma..., resignación, Juanita...
resignación.

JUANITA: No puedo... no puedo...

DON PASCUAL: Dios, hija mía, te ha probado en todos los terrenos; no le seas débil en este.

JUANITA: ¡Cállese! Cállese, por favor, Don Pascual... No me siga hablando así de Dios, dándome a entender que es un castigo. Yo no merezco estas pruebas, no las merezco, Don Pascual, no soy tan mala para merecerlas. Déjeme usted, déjeme sola... Váyase y cuente a los demás mi desdicha si es que es un castigo, cuénteles a todos mi sufrimiento, lo prefiero, antes de que siga martillándome con el nombre de Dios. Quiero estar sola... ¡sola! Sola con mis pensamientos, sean buenos o malos, pero sola.

DON PASCUAL: ¿Crees que esto es lo peor que te ha pasado? (*Juanita dice que sí*). Yo te digo que no, que aún has de tener pruebas mayores.

JUANITA: Y usted goza vaticinándolas. ¿Por qué no las pide todas juntas para que me aniquilen de una vez? ¡Pídalas! Si aún sigo siendo mala, clame usted para que me vengan mayores dolores. ¡Hágame ese favor! Se lo agradezco yo y todos los del pueblo, así se divierten a sus anchas.

DON PASCUAL: Yo no, hija mía, yo no. El pueblo, puede ser... es duro, es ignorante... el pueblo goza ensañándose y contemplando novedades, vengan de donde vengan. Yo no.

JUANITA: Esto que ahora sufro debe saberles a gloria. (*Llora*). Hacía meses que de Juanita no se decía nada... Estaban las bocas secas sin mi nombre.

DON PASCUAL: Es una prueba de Dios...

JUANITA: ¿Otra vez? ¿Quiere usted hacerme creer que Dios me ha traído a casa a ese impostor? ¡Pretende hacerme creer que, por causa de Dios

no he reparado lo más mínimo en ver que ni remotamente era mi primo?... ¿Habría sido Dios el que me ha cegado de tal modo para confundirme; el que me ha hecho perder el juicio para casarme con él en una parodia de la cual yo creía que usted también formaba parte? ¿Me habrá cegado los sentidos para que aún, anteanoche... anteanoche mismo... no, no... no puede ser. No meta usted a Dios en todo, que El es bueno y me lo está confundiendo para que lo juzgue cruel... El no tiene la culpa de nada.

DON PASCUAL: Eso bien lo sé, como se quien la tiene.

JUANITA: ¡Yo... yo! Dígalo usted bien fuerte, a todos. ¡YO! Llevaba ocho años sola, encerrada entre estas paredes, aprisionada por estos techos, aburrida y olvidada por todos. El cuerpo es como el campo. Tras de ocho años de sequía la tierra pide tormentas; los campos reseco sueñan tempestades de aguaceros, que les hagan fertilizar las semillas marchitadas, asoladas, porque los terrones son como cuchillos de punta que miran al cielo. Yo fui tierra sedianta. Yo fui como esas laderas en las que nunca llueve y no tienen sino piedras calcinadas, tomillos, malvices y polvo..., mucho polvo que quiere escapar a otros lugares para dañar o para ser más útil al hombre. Dentro de mi costra reseca había un corazón y unas venas que pedían truenos y tempestades, que pedían al cielo se cubriera un día de nubarrones y anegaran mi cuerpo sediento... Me equivoqué. Pedí lo que no pude soportar, porque, pedí agua fresca y se me trajo una nube de piedra, fuego y pederna que asoló todo aquello que vivía de esperanzas.
(Llora)

DON PASCUAL: ¡Cínico... cínico y malvado! Gracias que Dios me iluminó a tiempo para no hacerse aquella unión desastrosa que pedía a gritos.

JUANITA: ¿Para no hacerse, dice?... Usted lo bur-
ló. Yo no pude. Yo no pude. (*Llora*). Usted vió la
tormenta desde lugar cubierto, yo la deseaba en
el secano y se me metió en el cuerpo y en el alma
ilusionándome y destrozándome a la vez. (*Decidi-
damente se levanta*). Pero esto se acabó..., se
acabó para siempre...

DON PASCUAL: ¿Dónde vas?... ¿Dónde vas? ¡Cui-
dado! (*La agarra en el mirador*)

JUANITA: Quiero morir... Déjeme usted... quiero
morir... quiero morir...

DON PASCUAL: ¡Ven! ¡ven!... (*Se oyen risas*)

JUANITA: Se ríen... Miran a mi balcón y se ríen.
¿No oye usted?... Se ríen de mí otra vez... se
están riendo de mí... ¿Cómo no se van a reír si
me han visto ir con él por la calle y a la romería
colgada de su brazo con una ilusión que envidia-
ban todas las mozas? ¿Si han corrido por todos
los contornos mi boda... mi falsa boda, mi boda
ridícula y mordaz pero, para mí... mi boda? ¿Si
ya sabrán por unos y otros que me ha robado
cuanto me quedaba en la casa de mis padres que
era para mí algo sagrado? (*Llora*). Déjeme us-
ted... déjeme que me tire por este mirador que
no ha hecho sino envenenarme la sangre viendo
tanto campo... ¡Déjeme! ¡Déjeme, Don Pas-
cual!...

DON PASCUAL: Olvida... Olvida hija mía... olvi-
da... y Paz Cristi.

JUANITA: ¿Olvidar?... ¿Dice usted que olvide?...
¿Se cree que puedo? ¡Que no puedo, Don Pas-
cual... es que no puedo! Tengo en el cuerpo me-
tido un demonio que me lo trae a la cabeza minu-
to tras minuto, y lo veo... lo veo aunque no qui-
siera verlo. ¡Lo veo!...

DON PASCUAL: ¿No irás a decirme que aún lo amas?

JUANITA: Lo quiero... lo quiero..., lo sigo que-
riendo con todas mis fuerzas; como hace ocho

días, como ayer mismo; más, mucho más. Usted no sabe lo que es amor, no no, usted no lo sabe, no lo sabe. Me hubiera estado matando y, cada vez que me clavase un puñal en el pecho o en la garganta yo le diría. ¡Dale más!... ¡Dale más!... ¡Dale con todas tus fuerzas!... ¡Mátame!... ¡Mátame tú solo... tú solo!... Pero, si lo estoy diciendo y lo estoy sintiendo y gozando al mismo tiempo... No puedo evitarlo, no puedo evitarlo. (Se tira desesperada)

DON PASCUAL: ¡Ay, ay, ay! No os entiendo... no os entiendo a las mujeres... no os entiendo, hija mía... (Tocan a muerto). El entierro, tengo que irme.

JUANITA: ¿Quién ha muerto Don Pascual?

DON PASCUAL: La mujer de Higinio, el de la Venta.

JUANITA: ¿De qué?

DON PASCUAL: De... de mal parto.

JUANITA: ¿Y el hijo?...

DON PASCUAL: También. Vamos conmigo ¿Me acompañas?

JUANITA: No.

DON PASCUAL: Te convendría salir desde hoy mismo.

JUANITA: Don Pascual... Antes de irse... por... por lo que pueda ser... por lo que pudiera ocurrir... necesito confesarme.

DON PASCUAL: Te confesaste el sábado.

JUANITA: Tres días para mí han sido un siglo en este cuerpo. ¡Esas campanas!... Esas campanas... ¡Dios mío, que se callen!... ¡Que vienen a mi mente encadenados los recuerdos... que se pelean unos con otros!... ¡Oh, qué lucha, Señor... qué doble batalla de recuerdos en ocho años... en dos ocasiones...

DON PASCUAL: Pero ¿es que tú... hija mía?... ¿acaso?...

JUANITA: ¡Sí! ¿No se lo está figurando?... ¡¡Sí!!

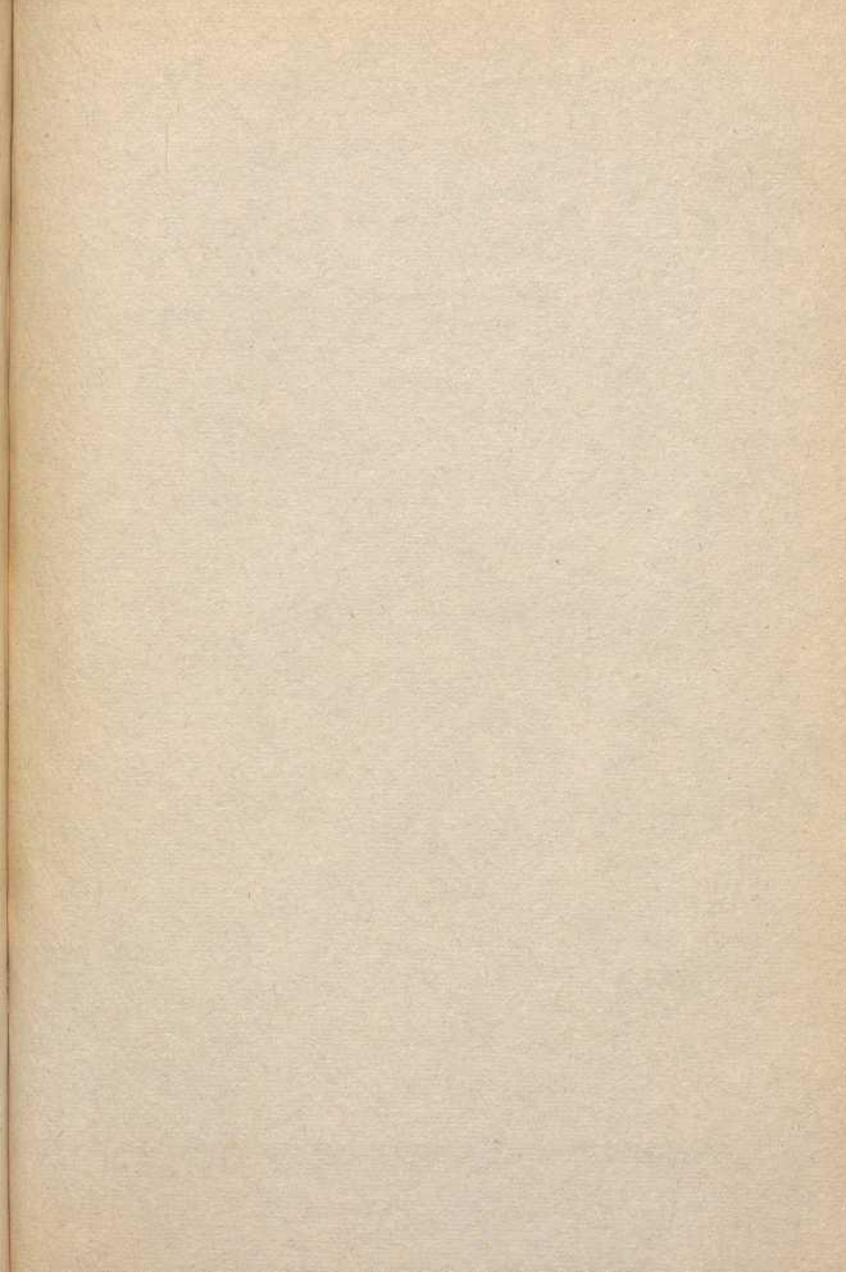
¡¡Sí!! Quiero descargar mi conciencia... quiero descargarla. (*Llora*)

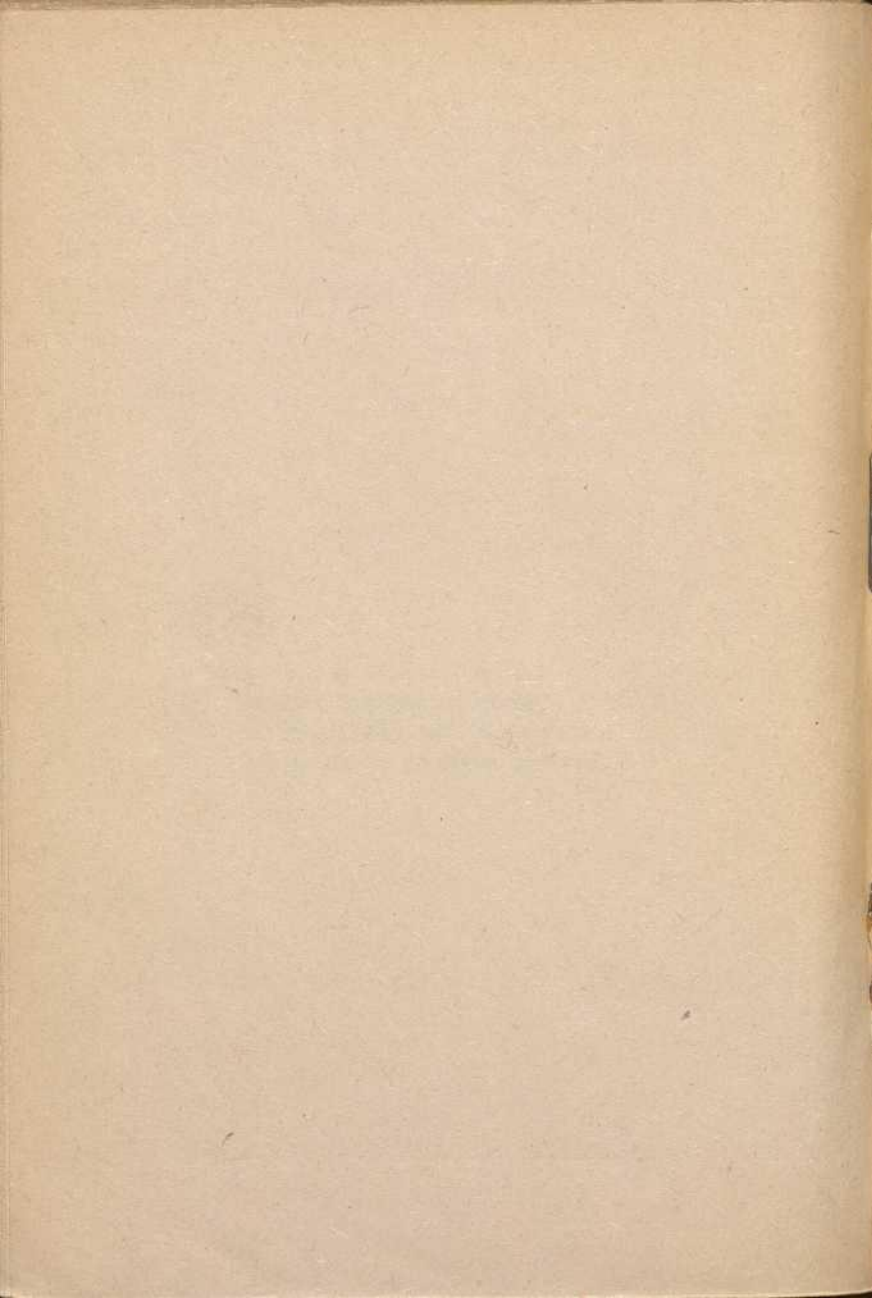
DON PASCUAL: ¿Es que te dió otra vez las malditas drogas

JUANITA: No sé... no se... Creo que no... Creo que estaba bien consciente... no sé... Me traicionó el corazón, que es muy débil en una viuda... (*Llora*). Ya le he dicho que mi cuerpo estaba pidiendo agua porque, después de ocho años era igual, igual que la tierra sedienta (*Cae de rodillas*). Lo mismo que ella... Lo mismo que ella... Lo mismo que ella... ¡Perdón! ¡¡Perdón!!

FIN DE LA OBRA

Este libro se terminó de imprimir en los
Talleres Gráficos "Victoria", Vicente
Fidel López 1823, Buenos Aires,
el día 22 de Mayo de 1964.





BIBLIOTECA PUBLICA
DE LOGROÑO

1. Podrán hacer uso del servicio de préstamo a domicilio quienes estén en posesión de la Tarjeta nacional de lectura.
2. No se podrán tener al mismo tiempo más de dos obras o tres volúmenes prestados.
3. De la pérdida o deterioro de los libros se hará responsable el lector que se los hubiera llevado en préstamo.
4. Los libros que formen parte de alguna colección o serie, las obras de consulta frecuente, los libros raros o de mucho precio y otros, a juicio de la Dirección, se exceptúan por regla general, del servicio de préstamo a domicilio.



